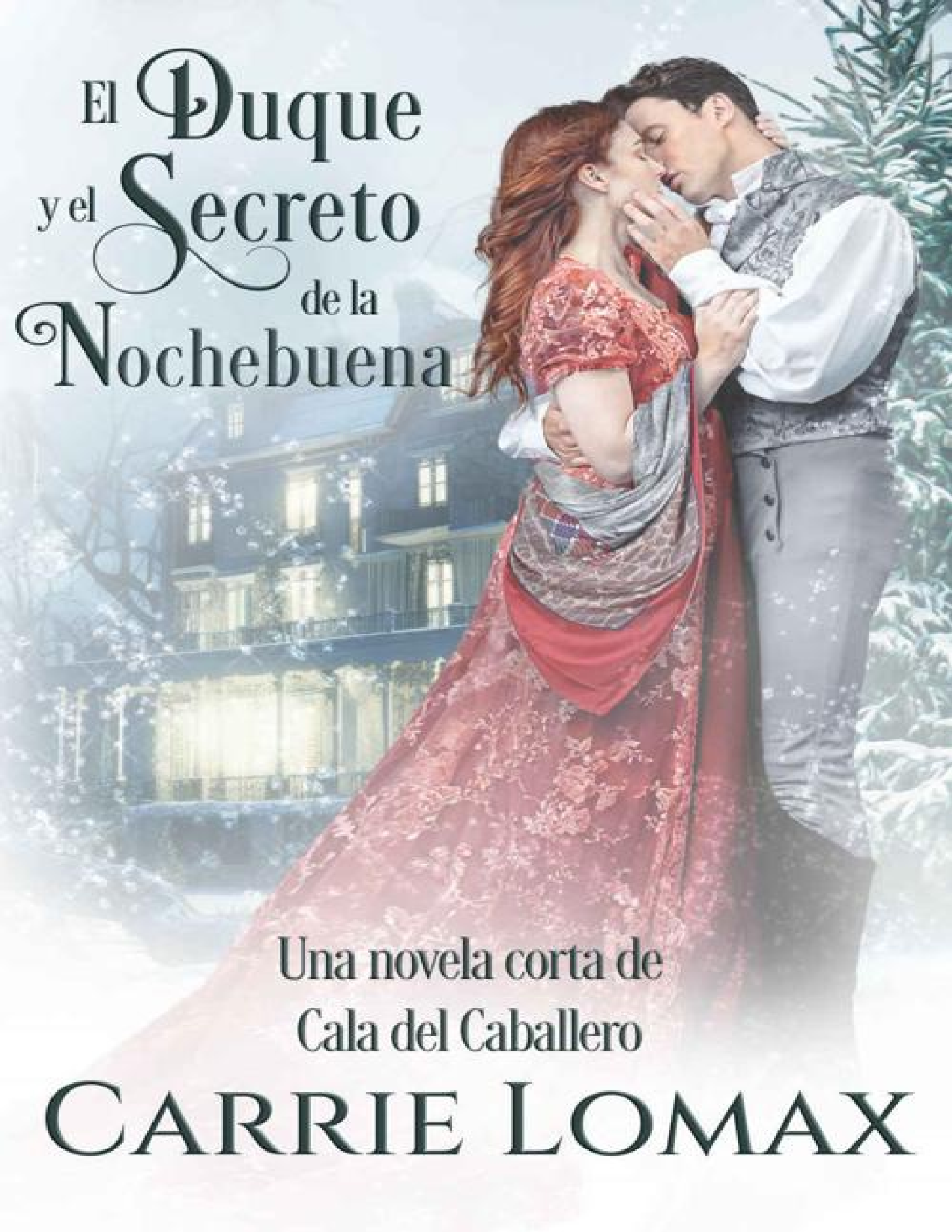
El Duque y el Secreto de la Nochebuena



Una novela corta de
Cala del Caballero

CARRIE LOMAX

El Duque y el Secreto de la Nochebuena

CALA DEL CABALLERO

CARRIE LOMAX

Copyright © 2023 por Carrie Lomax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Este libro no puede ser utilizado para entrenar ninguna base de datos de Modelos de Lenguaje Grande ni ser utilizado de ninguna otra manera en ningún programa de inteligencia artificial sin el permiso expreso por escrito de la autora. Ninguna plataforma tiene el derecho de sublicenciar a otros para reproducir y/o utilizar esta obra de cualquier manera con el propósito de entrenar tecnologías de inteligencia artificial para generar texto sin el permiso específico y expreso de la autora.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, eventos y la mayoría de las ubicaciones son inventados por la autora; cualquier parecido con personas, lugares y eventos reales es típicamente coincidencial, excepto los nombres reales de lugares como ciudades y países.

Ilustración de portada por Wicked Smart Designs.

Índice

Acerca de la serie Cala del Caballero

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Acerca del Autor
Otras Obras de Carrie Lomax

Acerca de la serie Cala del Caballero

Los tiempos son difíciles en el pintoresco pueblo costero de Cala del Caballero. El contrabando es la forma de vida local. ¡Visite este encantador pueblo de la época de la Regencia lleno de libertinos, granujas, piratas y personas poco convencionales que se ganan el corazón de los lectores en estas novelas cortas y apasionantes!

Uno

OCTAVIA

Northumberland, 1816

Las manos de Tavi se habían congelado en forma de garras alrededor de las riendas hacía una hora. Quizás más. El tiempo había dejado de tener significado. Tenía los dedos de los pies entumecidos y la nariz le goteaba un interminable chorro sobre su bufanda de lana.

—Maldita tormenta —refunfuñó a su poni, Nutmeg, que tampoco estaba muy contenta con su situación, a juzgar por sus orejas aplastadas.

Lo que debería haber sido un fácil viaje de medio día a casa de su hermana en una clara mañana de invierno, había salido desastrosamente mal. No muy lejos de iniciar su viaje, los cielos se oscurecieron. Poco después, nubes grises bloquearon el sol y copos helados comenzaron a arremolinarse en el aire.

A pesar de las claras señales de advertencia, Tavi razonó que era mejor seguir adelante. Todo el año había estado marcado por un clima inusualmente frío. No había forma de saber cuándo podría detenerse la tormenta. No quería quedarse varada en un lugar desconocido durante la Navidad.

Sin embargo, en algún punto del camino, había tomado un giro equivocado. Tal vez se había perdido un letrero enterrado en un montón de nieve, el camino, o una bifurcación oculta bajo un grueso manto blanco.

No había visto una casa en kilómetros. Aunque, a decir verdad, apenas podía ver más allá de las orejas de su caballo, pegadas irritablemente contra el viento.

Una ráfaga viciosa la atravesó por completo. El caballo sacudió su crin en protesta.

—Lo sé, cariño —Tavi le dio unas palmaditas en el cuello al animal. Lo único que importaba ahora era encontrar refugio antes de que ambas se congelaran.

—¿Qué es eso? —preguntó al aire ártico. Un brillante destello de luz en la distancia, allí y desaparecido. La esperanza se hinchó—. ¿Un... castillo?

Entrecerrando los ojos, apenas podía distinguir el oscuro contorno de un edificio contra el nevado horizonte gris del atardecer.

—Adelante, Nutmeg —Tavi sacudió las riendas—. Avena por delante. Heno y un buen granero caliente. Solo un poco más ahora.

O eso rezaba, por el bien de su valiente poni.



Ian

Ian se subió la bufanda más arriba sobre el puente de la nariz. Sus botas crujían audiblemente mientras caminaba con dificultad a través de montones de nieve hasta las rodillas, dirigiéndose hacia el contorno apenas visible de su establo en ruinas.

Todo en el Castillo Fellsgrove era un desastre derrumbado e inhabitable. Este glorioso lío era ahora su problema.

—Felices fiestas navideñas, sin duda —refunfuñó a la nada. Él había pedido este dolor de cabeza. Sin embargo, no había contado con una tormenta positivamente bíblica para complicar su visita "rápida" para evaluar el estado de su nueva propiedad.

Las bisagras oxidadas de la puerta del granero se resistieron a su esfuerzo por abrirla. Ian clavó los talones y tiró, gruñendo, hasta que cedió con un gemido de protesta.

Dentro, el aire estaba unos grados más cálido. Se apartó la lana mojada de la cara y sacudió la nieve de sus botas. La linterna que había dejado colgada de un poste aún estaba encendida, la vela parpadeaba como si incluso el fuego temblara de frío. La luz que proyectaba no llegaba muy lejos, por lo que Ian no notó el segundo caballo hasta que se movió, sobresaltándolo.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —exigió. El poni relinchó amistosamente. Estaba cubierto con la manta que él había venido a poner sobre su propio caballo, y claramente hambriento, pues agachó su peluda cabeza para hacer sonar el cubo vacío en el suelo. Quienquiera que hubiera puesto su animal en su destartalado granero también se había servido de la avena de Ian.

Pensar que no había traído una pistola consigo. ¿Por qué lo haría, si no había nada que robar?

Después de cuatro generaciones de abandono, solo quedaban un puñado de inquilinos, ninguno de los cuales había pagado sus rentas de tierras en décadas. Todos los sirvientes se habían ido hace mucho. Ian necesitaba reconstruir el ducado de Susskind desde cero.

Hasta la carta que cambió su vida, había sido un simple abogado viviendo una vida envidiablemente cómoda en Manchester. Alquilaba alojamientos de soltero a una casera meticulosa, lo que lo liberaba de la mayoría de las obligaciones domésticas.

Pero entonces la tía Mag le envió ese anuncio público, y él tontamente había mordido el anzuelo.

Puedes probar que eres el verdadero descendiente del último Duque de Susskind. ¿Realmente quieres que un advenedizo se escape con tu legítima herencia?

¿Por qué no tú? le había contestado.

Cuatro generaciones atrás, el ducado de Susskind había caído en suspenso. El último duque viviente había engendrado cinco hijas pero ningún hijo, y las cartas patentes estipulaban que en tal circunstancia, las mujeres heredarían colectivamente el título.

En teoría, las cinco hermanas podrían haber elegido a una entre ellas para ser la heredera, pero sus amargas peleas por su derecho de nacimiento crecieron a tales extremos que incluso el rey se negó a intervenir, para no incurrir en la ira de las cuatro mujeres restantes.

Así comenzó una carrera para engendrar al próximo heredero varón.

Desgraciadamente, los herederos Susskind estaban malditos con un exceso de mujeres.

Ninguna desgracia podía durar para siempre. Eventualmente, algunos hijos entraron en la posible línea de sucesión, pero para entonces, todas las reclamaciones estaban tan atenuadas que hubiera sido difícil luchar contra los otros pretendientes. La declinante salud del Rey Carlos impedía la intervención real, y así el ducado languideció por más de cien años.

Después de cuatro generaciones, toda charla sobre conexiones con un ducado había pasado a ser leyenda familiar. La animosidad se había vuelto tan arraigada que ninguna rama de la familia

original mantenía aún lazos con el resto. La tía Mags, sin embargo, recordaba y mantenía un ojo agudo para cualquier noticia de posibles reclamantes. No iba a dejar que sus tías abuelas ganaran.

Bah, había escrito la tía Mags en respuesta. *Si quisiera ser duquesa, habría solicitado a Prinny hace años. De todos modos, difícilmente se lo concederían a una anciana.*

"Ellos" siendo el Comité Selecto de Privilegios.

Ian sintió que la comisura de su boca se elevaba al recordarlo. Casi podía oírla cacareando de alegría porque su propio sobrino iba a ser el nuevo duque, poniendo así fin a una disputa centenaria que había destrozado a la familia.

Se le formó un nudo en la garganta. Qué lástima que ella no estuviera aquí para verlo. La anciana había fallecido apenas unas semanas antes, a finales de octubre.

Maldito Solomon Abernathy.

Hace aproximadamente un año, había presentado una reclamación al fiscal general, Sir William Garrow, quien a su vez envió la solicitud al príncipe Jorge, momento en el cual su reclamación fue reportada en los periódicos y la tía Mags lo leyó. Estando la familia tan dispersa y desconectada a estas alturas, se consideró que un anuncio público era suficiente para la tarea de notificar a cualquier otro posible heredero.

A instancias de su tía, Ian presentó su propia petición, momento en el que Prinny decidió que tenía cosas mejores que hacer que decidir el destino de antiguos ducados y devolvió el asunto al Comité Selecto de Privilegios.

A partir de ahí, el asunto se convirtió en un juego de ajedrez elaborado y tedioso. Al descubrir que tenía competencia por su reclamo, Abernathy presentó apelaciones cada vez más estridentes y generalmente buscó enredar las cosas en los tribunales. Ian sospechaba firmemente que había ganado simplemente porque el Comité Selecto se había cansado de todas las disputas y eligió al peticionario menos desagradable como heredero.

Técnicamente, lo que selló su destino fue la marca de nacimiento de Ian.

El paso final en este ignominioso proceso fue ser llamado ante el Comité para mostrar su trasero desnudo, donde una mancha rojiza con forma aproximada de corona marcaba su piel, junto al escandaloso retrato de su abuelo que mostraba la misma marca en su trasero. Una mancha similar de color vinoso se notó en el nacimiento del último duque vivo, el bisabuelo de Ian, cimentando así su reclamo al título nobiliario.

¿Por qué existía un retrato de su abuelo, desnudo, en primer lugar? Bueno, la amante del hombre había sido una hábil pintora que admiraba enormemente la forma masculina desnuda. Al menos Ian había heredado la envidiable complexión de sus antepasados junto con la marca reveladora.

Esta noche, brindaría por las amantes con talento para los óleos.

Soportar la indignidad de que su trasero fuera inspeccionado por los pares del reino había valido la humillación, sin embargo. Había sido reconocido formalmente como el legítimo heredero apenas una semana antes de Navidad, con todos los derechos, privilegios y complicaciones que ello conllevaba.

Como encontrar una duquesa que no le importara vivir en una obra en construcción durante los próximos años.

Era difícil imaginar a alguna joven inocente de cuna superior que quisiera alojarse en esta ruina mientras él la reconstruía, piedra a piedra.

Le dio una última caricia al hocico del poni, notando las gotas que brillaban en su crin, indicando una llegada reciente.

—Caliéntate, pequeño. ¿No podrías decirme dónde encontrar a tu amo? —Las orejas del animal se irguieron. Tomó el farol y se aventuró una vez más en el mundo helado en busca de su visitante sorpresa.

Dos

OCTAVIA

Tavi se quitó las medias y las colgó para que se secaran junto al fuego, que había encendido prendiendo una vieja silla desvencijada. Había acercado su compañera tambaleante a la rejilla, pero aún no había reunido el valor para probar la solidez del asiento.

—¿Qué es este lugar? —se preguntó en voz alta, simplemente para sentirse menos sola. Había señales de vida: una cocina improvisada con un cubo de agua fresca sobre el mostrador, medio pan envuelto en tela y una cesta con carne, queso, fruta seca y huevos colocada cerca del alféizar. Aparte de eso, esta ruina parecía como si nadie hubiera puesto un pie dentro en décadas. No se había aventurado mucho antes de concluir que esta era la mejor habitación para descansar.

Si tan solo hubiera una enorme pila de leña junto a la imponente chimenea. Su patética llama se veía empequeñecida por su magnificencia devastada.

Uno podría creer fácilmente que los fantasmas vagaban por estos pasillos.

Temblando por algo más que el frío, Tavi se aferró más fuerte a su chal. A pesar del fuego, no lograba entrar en calor.

Un gemido bajo desde el oscuro pasillo la hizo enderezarse de golpe.

—¿Quién está ahí? —susurró.

Horripilantemente, unos pasos resonaron hacia ella.

Tavi agarró el atizador y se deslizó hacia el corredor. Una figura enorme, como un hombre deforme, se tambaleó por las losas.

Ella gritó y se abalanzó.

—¿Qué...?

Un hombre —un hombre real, no un fantasma salido de su aparentemente ferviente imaginación— retrocedió tambaleándose. La puntería de Tavi resultó menos que precisa. El hierro silbó inofensivamente por el aire. Él lo esquivó con facilidad.

—Disculpe usted —dijo el hombre, levantando sus manos enguantadas, con las palmas hacia afuera, en un gesto de paz o para estrangularla; Tavi no estaba segura—. No esperaba encontrar a una mujer.

Su miedo e ira surgieron de nuevo.

Estaba sola en un edificio abandonado con un extraño que sonaba un poco demasiado interesado en su sexo para su comodidad, a kilómetros de cualquier ayuda. Tavi gritó y blandió el atizador nuevamente.

—¡No me toque, usted... usted sinvergüenza!

—¡Tranquila, señorita!

—*Señora* Dawson —La mentira salió con facilidad. La había usado más de una vez en sus veintiséis años. Las solteronas hacían lo que tenían que hacer para protegerse—. Mi marido fue a

buscar ayuda.

—Marido —repitió él, bajando los brazos. Tavi levantó el atizador de nuevo. Sus brazos volvieron a subir, protegiéndose el rostro, del cual apenas podía ver nada, entre el borde de su bufanda y el ala de su sombrero. Ojos azules, pensó, pero no podía estar segura.

¿Y qué estaba haciendo, reflexionando sobre el color de sus ojos, segundos antes de que él la ultrajara?

Aunque, si pretendía hacerle daño, no se apresuraba precisamente a dominarla. O bien le había disuadido el atizador o la mención de su marido ficticio. O ambas cosas.

—¿Dónde estaba la montura de su marido? Supongo que ese poni que encontré en el establo era el suyo.

Él avanzó. Tavi retrocedió, aún blandiendo su arma.

—Nutmeg.

—Encantador.

¿Estaba sonriendo?

El corazón de Tavi no dejaba de latir lo suficiente como para que pudiera decidirlo.

Él miró más allá de ella, hacia la habitación del fondo. —¿Dónde encontró madera para hacer un fuego?

—Rompí una silla. De todos modos, no era estructuralmente segura.

El extraño la miró con escepticismo. —Para entender bien la situación: puso su caballo en mi establo destartalado, se sirvió de mi avena y una cantidad de mi heno. Luego entró en mi castillo, rompió mis muebles y los quemó. Y ahora tiene la temeridad de amenazarme con mi propio atizador. ¿Lo he entendido bien?

Los ojos de Tavi se estrecharon. —¿Cómo sé que usted es el dueño?

Él se rio. Echó la cabeza hacia atrás y literalmente aulló. Confundida, el agarre de Tavi sobre el atizador se aflojó.

—¿Es usted el cuidador? —exigió—. Si es así, diría que su empleador tiene motivos para estar insatisfecho con su desempeño. Ni una sola puerta estaba cerrada con llave, y su sentido de la hospitalidad es severamente deficiente.

—Bueno, soy bastante nuevo en el trabajo —dijo él amablemente—. ¿Por qué no deja a un lado el arma, señora Dawson? Haré una tetera mientras esperamos la llegada de su marido.

—Podría tardar un tiempo.

—Me lo imagino. Hay veintinueve kilómetros hasta el pueblo más cercano.

—¿Veintinueve kilómetros? —Tavi no pudo ocultar su consternación. Había recorrido el doble de lo que pretendía, la mayor parte en la dirección equivocada.

—¿Preocupada por su marido?

—Sí —espetó. Bien. La había pillado en una mentira, pero no estaba lista para admitirlo. Ninguna persona cuerda se aventuraría en esta tormenta, y si su marido no fuera completamente ficticio, sin duda estaría ansiosa por su seguridad a estas alturas.

—Podemos ir a buscarlo —sugirió el cuidador con un guiño en la voz. Como para burlarse de la mera idea, el viento aulló lo suficientemente fuerte como para hacer temblar las ventanas. Milagrosamente, las de esta habitación no estaban rotas.

Todavía.

El viento estaba tratando de cambiar eso.

—El señor Dawson volverá cuando esté listo —dijo Tavi con altivez. El cuidador agarró su atizador. Ella no lo soltó. Se enzarzaron en una silenciosa guerra de tirones, cada uno de ellos sin tirar lo suficientemente fuerte como para ser grosero, pero lo suficiente como para indicar que la

otra persona debería soltarlo. Obstinadamente, ella se negó.

Él lo soltó abruptamente.

Tavi voló hacia atrás, dejando caer el hierro con estrépito. Sus piernas chocaron contra la silla que había acercado al fuego, y se sentó con tanta fuerza que atravesó el asiento.

Sus mejillas ardían mientras se debatía allí, indefensa, con el trasero colgando a través del marco y los pies demasiado lejos del suelo para ganar impulso.

El cuidador le ofreció una mano.

Frunciendo el ceño, Tavi la tomó. Él la sacó y la puso de pie. Había un desgarro en su falda, pero podía repararse. Ella lo miró con consternación.

—Igual podemos echar otra silla al fuego —Se volvió hacia ella—. Ahora, señora Dawson, empiece a explicar qué hace en mi castillo.

~

Ian

Ian observó a su inesperada visitante con una mezcla de interés e irritación.

Ninguna mujer, ni hombre, para el caso, tenía motivos para andar vagando en medio de una ventisca. Era evidente que la "señora" Dawson estaba sola, a pesar de su historia patentemente falsa sobre un marido que había ido en busca de ayuda. ¿Habría oído hablar de su reciente ascenso y habría venido aquí para seducirlo?

Un hombre podía tener esperanzas.

La tía Mags le había advertido —antes de morir, cuando parecía cada vez más probable que el Comité Selecto de Privilegios eligiera su reclamo— que algunas mujeres estaban lo suficientemente desesperadas o sin escrúpulos como para intentar atrapar a un hombre. Ian lo sabía. Simplemente no había considerado esa posibilidad en relación consigo mismo hasta ahora.

Ian esperó la explicación de la "señora" Dawson por estar en su casa.

—Me perdí y me refugié de la tormenta en el único lugar que había en kilómetros —dijo ella con aire ofendido.

—¿No querrás decir que *nos* perdimos?

—Sí —espetó ella—. Mi marido y yo. Juntos.

—No pareces muy preocupada por su bienestar.

Su fogosa visitante lo fulminó con la mirada. Tenía unos bonitos ojos color avellana, más verdes que marrones. Le recordaban a un bosque. Tentadores y llenos de secretos.

Ponerse poético no es propio de ti. También oyó esto con la voz de la tía Mags.

—Él sabe cuidarse solo —dijo ella con aire despreocupado, pasando de la molestia a la indiferencia con sospechosa facilidad.

—¿Se llevó su caballo? —preguntó Ian, desabrochándose los botones del abrigo con las manos ya descongeladas. La "señora" Dawson no era muy buena mintiendo, pues se estremeció visiblemente—. Lo pregunto porque solo encontré una montura en mi establo. No es un animal lo suficientemente grande como para llevar a dos personas.

—Sí —Su visitante se apresuró hacia el fuego y cogió dos trozos de tela de la repisa de la chimenea, ocultándolos tras su espalda—. Se llevó su caballo. Es muy probable que mi marido haya encontrado otro lugar para pasar la noche.

—¿Esas son tus medias?

—¿Qué? No. Por supuesto que no. Jamás sería tan descortés como para colgar mis medias

mojadas frente al fuego en una casa en la que me he metido sin permiso.

Sus labios temblaron. Los de Ian también. —Ya veo.

—Deberías sentirte libre de colgar tu ropa mojada para que se seque, por supuesto. Es tu... eh...

—¿Castillo en ruinas? —sugirió él.

—No se puede decir exactamente que esté intacto.

—No —Ian soltó una risa amarga—. Se describe mejor como una ruina.

—Supongo que sí —Ella se ajustó el chal alrededor de los hombros—. Debo abusar aún más de tu hospitalidad y preguntar si estarías dispuesto a compartir algo de tu cena conmigo. Encontré víveres en una cesta sobre el alféizar de allí, y no he comido desde esta mañana cuando salí de casa.

Ian tenía muchas preguntas, pero él también estaba hambriento. Tendrían que esperar a tener el estómago lleno.

Terminó de despojarse de su ropa empapada y se giró para encontrar a su invitada encendiendo una nueva vela con la de su farol. Se le cortó la respiración. La exuberante figura de ella proyectaba una sombra en la pared opuesta. De repente, Ian sintió más calor del que había tenido en todo el día.

Ella levantó la mirada bruscamente. Él desvió la vista para no alarmarla con la dirección lasciva de sus pensamientos.

Esto haría que los arreglos para dormir esta noche fueran ciertamente incómodos.

—Veré qué puedo hacer para preparar la cena —dijo, dirigiéndose con paso fuerte hacia la improvisada cocina.

Tres

El cuidador preparó carne y queso entre gruesas rebanadas de pan, que tostaron sobre el fuego. El calor se fue colando lentamente en sus extremidades, aunque su trasero seguía frío por estar sentada en el suelo de piedra, a pesar de las tres capas de enaguas de lana.

Quizás no debería haber destruido los dos únicos asientos. Aunque uno fuera por accidente.

—Nunca me dijiste tu nombre —dijo ella después de un cómodo silencio.

—Ian Harkness, a su servicio, señora Dawson.

No se arrepentía de la mentira. Aún no. Estaba recelosa de quedar atrapada por la nieve con un extraño, aunque él había sido perfectamente amable con ella, a pesar de que lo había amenazado con un atizador.

Sin embargo, Tavi presentía que el arrepentimiento estaba en el horizonte, de la misma manera que había presentido la nieve hoy antes de salir, y tercamente continuó creyendo que podía desafiar a la naturaleza misma.

No lo había pensado bien antes de soltar que estaba casada. Una esposa naturalmente se preocuparía por la seguridad de su marido en semejante clima. Seguía olvidando mostrar preocupación, ya que él era un producto de su imaginación.

Jadeó.

Su anfitrión inclinó la cabeza, observando mientras Tavi se ponía de pie apresuradamente.

—¡El regalo! —exclamó, envolviéndose con el chal y la capa, y metiendo los pies en sus botas.

—¿Qué regalo?

—Para mi hermana, Grace. Es de vital importancia que no se dañe. Pasé meses haciéndolo, y... ¡oh!

Las bisagras de la gran puerta de roble crujieron al abrirse. El viento helado le azotó las mejillas.

La palma del señor Harkness se aplanó contra la madera, a la izquierda de su cabeza. La presionó para cerrarla.

El pulso de Tavi se aceleró. Levantando el rostro, estudió la dura angularidad de sus facciones. Una frente ancha adornada con dos cejas arqueadas enmarcaba unos penetrantes ojos azules. Debajo de ellos, un afilado tajo de nariz sobre unos labios sensuales.

—¿Dónde lo dejaste?

La mente de Tavi quedó en blanco.

—¿Dejar qué?

—El regalo —dijeron esos labios, curvándose en una esquina—. Ese por el que estabas tan ansiosa hace un momento.

—En el carruaje —Tavi se sacudió. ¿Qué estaba haciendo, mirando su boca y pensando en cómo se sentiría presionada contra la suya?—. Lo puse en el banco, junto con mi bolsa. No quería llevarlos conmigo, en caso de que no pudiera encontrar el camino al interior.

—Iré a buscarlo —Se metió los pies en las botas y las ató firmemente, luego se puso la chaqueta, diciendo—: Conozco los terrenos mejor que tú. Nunca me perdonaría si te perdieras entre aquí y el granero.

—¡No estoy tan desorientada como para perderme teniendo un castillo a la vista!

Aunque, su desventura de esta mañana decía lo contrario.

El señor Harkness ignoró su protesta.

—Buscaré a tu marido mientras estoy fuera, ¿de acuerdo? —Guiñó un ojo y salió a la oscuridad.

Tavi tuvo la clara impresión de que estaba coqueteando con ella.

No estaba del todo segura de que le molestara.



Ian

Ian encontró su maltrecha bolsa de cuero justo donde ella dijo que estaría, junto a una discreta bolsa de lona encerada. Regresó trabajosamente al castillo en ruinas con ambos objetos, maldiciendo el viento y extrañando el calor del fuego.

Su hermosa visitante se había hecho útil durante su ausencia lavando los pocos platos de la cena y guardándolos. El alivio en sus ojos cuando regresó con su preciado paquete retorció algo dentro de él.

—Gracias, habría estado devastada si se hubiera dañado o perdido —Abrazó el modesto paquete.

—Tu marido, por desgracia, sigue desaparecido —Colocó su abrigo sobre el borde de la repisa y sus botas junto al fuego moribundo. Pronto, tendrían que subir.

Ella resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Qué hay en la bolsa?

—Un regalo para mi hermana.

—Sí, eso ya lo sé.

—Ropa de bebé —aclaró—. Vestidos y una manta y gorros y botitas y todo eso. Además de algunas cosas nuevas para ella.

—¿Hiciste todo eso?

—Soy una tejedora experimentada y una costurera adecuada, para que lo sepas.

—Las costureras adecuadas están de moda en Londres —Dándose cuenta, añadió—: O eso he oído.

Londres estaba lejos de Northumberland. Un guardés tendría pocas razones para ir allí. No deseaba revelar su nuevo estatus todavía.

Ella se rió y le dio un golpecito juguetón en el brazo. El vientre de Ian se calentó al oír el sonido.

—¿Cómo sabría el cuidador de un antiguo montón de rocas apenas habitables algo sobre qué habilidades de las damas son populares en Londres?

Ian evadió su pregunta. Ambos estaban mintiendo ahora. Debería informarle que este *montón de rocas apenas habitables* había sido una vez la sede de un prominente ducado, y que él

acababa de ser declarado el heredero.

Pero su ascenso era demasiado reciente. Todavía no estaba seguro de cómo se sentía al convertirse en un par del reino, aunque fuera relativamente empobrecido. Le gustaba demasiado la "señora" Dawson como para arriesgar su frágil amistad anunciando: *Soy dueño de esta propiedad y, por cierto, soy un duque*. Especialmente a una mujer que claramente no pertenecía a la aristocracia.

Al menos tenían eso en común.

¿Qué más podría descubrir sobre su inesperada invitada si mantenía su secreto un poco más?

—¿Tú y tu marido viven cerca de aquí? —preguntó.

—Define "cerca".

Ian definiría *cerca* como la forma en que ella estaba de pie demasiado próxima a él, jugueteando con la cuerda como si estuviera a punto de abrirla y mostrarle sus perfectamente adecuadas habilidades.

Deseaba que lo tocara con la misma reverencia con la que manejaba esa bolsa de lona, como si fuera lo más precioso del mundo.

—En las cercanías de Beamly —dijo ella, nombrando lo que Ian supuso era un pueblo. Aún no se había familiarizado con la zona, más allá de cabalgar por los pueblos de camino aquí.

Tavi inclinó su cabeza pelirroja, pensativa. Su cabello captaba la luz como fuego vivo. Ian tuvo que reprimir el impulso de pasar sus dedos por él. De atraerla hacia sí y probar sus labios...

Pero eso causaría todo tipo de problemas.

—A unos dieciséis kilómetros de aquí. He oído hablar de un viejo castillo que una vez perteneció al Duque de Susskind, pero la línea se extinguió. Nunca esperé poner un pie dentro. Fellsgrove, creo que se llamaba —miró alrededor de la oscura habitación—. Eso es lo que es este lugar, ¿verdad? ¿La residencia campestre del antiguo duque?

—En efecto, está en lo cierto, señora Dawson.

—Ha estado abandonado durante cien años —dijo con nostalgia—. Imagínate, dejar que una propiedad tan grandiosa como esta caiga en la ruina. Algunos dicen que tenía tantas ventanas que la carga fiscal superaba las rentas, así que quitó el techo.

La verdad era más mundana que la historia que los residentes locales habían inventado: una mala gestión de las finanzas y el desinterés por mantener la propiedad habían llevado al último duque a abandonarla en favor de alojamientos más cómodos y cosmopolitas.

—De hecho, nunca he oído hablar de que hubiera un cuidador —Tavi le lanzó una mirada recelosa—. No pareces viejo. Ni muy establecido.

Ian se rio entre dientes.

—Soy un recién llegado —tomando una sartén oxidada, empujó las brasas ardientes hacia ella y señaló la linterna—. Si no te importa llevar eso, te mostraré arriba la cámara para dormir.

Su invitada se puso tensa. Bajó la barbilla. No había lugar para dormir en este nivel, y tampoco había suficiente leña para mantener la habitación caliente.

—Por aquí —dijo, guiándola hacia un oscuro pasadizo.

Como si esta situación pudiera volverse más incómoda...

Cuatro

OCTAVIA

Tavi observó la pequeña habitación con recelo. Específicamente, la cama.

Una parte de ella anhelaba meterse debajo de ese edredón de plumas que parecía tan acogedor. Sus pies se habían vuelto a congelar durante la breve subida por la oscura escalera. Pero no era suya para reclamarla.

—Es solo por una noche —suspiró. Una nube blanca se formó en el aire.

—A menos que esto continúe.

Para enfatizar el punto del señor Harkness, el viento aulló fuera de las ventanas tapiadas. La cama antigua con dosel había sido empujada cerca de la chimenea, donde el cuidador se arrodilló para hacer un fuego con los restos del de abajo, arrojando troncos a la rejilla para crear un fuego crepitante.

Ambos ignoraron deliberadamente la cama. No parecía lo suficientemente grande para dos personas. Ella tendría que dormir prácticamente encima de él. O él encima de ella. Si fueran a compartirla.

Oh, cielos. ¿Adónde iba su imaginación?

Tavi había aprendido por las malas a nunca confiar en hombres apuestos y encantadores.

Le agradaba el señor Harkness. Demasiado. Apenas lo conocía.

Habían pasado años desde que había sido lo suficientemente joven y tonta como para dejar que un hombre la tocara, una decisión que resultó en tanta vergüenza que juró nunca más ceder a la tentación.

Pero el hecho de que nunca se volverían a encontrar hacía que la idea fuera casi irresistible.

Su madre le había enseñado que todo lo que una mujer necesitaba hacer era mirar en dirección a un hombre y él la desearía. Eran criaturas débiles, fácilmente tentadas, como Adán con Eva. En la experiencia de Tavi, su interés se extendía solo hasta el dormitorio, no hasta el altar.

Pero, ¿acaso las mujeres no podían ser tentadas también?

Eso era lo que sentía al mirarlo. Una sensación de aleteo en su vientre. Mayor conciencia de su propia piel. No exactamente nerviosa, pero alerta a cada uno de sus movimientos. Su mirada seguía posándose en su rostro. Cada vez que la apartaba, recordándose a sí misma no mirar fijamente, se encontraba estudiando sus rasgos nuevamente.

—¿Se molestará su esposo porque su mujer comparta habitación con otro hombre por una noche, señora Dawson?

Realmente necesitaba dejar la ficción de que estaba casada. Tavi se lamió los labios.

—No —cambiando de tema, preguntó—: ¿Hay un lugar para asearse por la noche?

—Por aquí.

El señor Harkness se levantó con fluidez y la condujo a una pequeña antecámara. Se inclinó más allá de ella para abrir la puerta con la palma plana sobre la madera, tal como lo había hecho antes cuando le ahorró el frío trayecto al granero. Tavi percibió el tenue aroma de madera recién cortada y un toque de humo. Le gustó. Quería frotarse en él hasta...

Basta de tonterías.

En la antecámara, el aire gélido fue un recordatorio estimulante de que no podía permitirse ser tentada por él.

—Querrás esto —el señor Harkness le ofreció la linterna.

Ella la tomó y usó su polvo dental, jabón y toalla de mano, sirviéndose del cubo de agua fresca. Alojamiento rústico, pero mucho mejor que morir congelada en un seto.

—Nunca había visto un clima tan frío —dijo con brusquedad, volviendo a la habitación con la cama individual—. No en todos mis veintiséis años.

—El Támesis se congeló hace unos años —él había vuelto a sentarse junto al fuego—. Creo que fue en 1811 o 1812.

A su lado había una manta delgada y un pequeño bulto que podría servir como una pobre excusa de almohada. Ella frunció el ceño ante eso. Vagamente, recordó haber leído sobre el río, pero Tavi estaba distraída por el improvisado lecho.

—No pretenderá dormir en el suelo esta noche, ¿verdad, señor Harkness? Se congelará.

—No había notado que hubiera otra opción disponible. De hecho, puedo confirmar que la única cama es la que traje conmigo.

—¿Todo?

—No el armazón. Lo encontré en el almacén, desarmado. Las cuerdas estaban podridas, así que usé tablones para sostener el colchón. Todo lo demás lo traje conmigo, señora Dawson, porque creo que el descanso cura todos los males.

—No dormirá bien en el suelo.

—No.

Él se giró de modo que su rostro quedó de perfil. Pasó un tenso momento de silencio.

—Podríamos compartir... —comenzó ella.

—Lo echaremos a cara o cruz —dijo él antes de que ella pudiera terminar esa frase. El calor de la vergüenza se extendió por su piel. Él sostuvo una moneda—. ¿Cara o cruz?

—Cruz —soltó. Tavi siempre elegía cruz, porque sonaba más cercano a su apodo.

—Si sale cara, yo tomo el suelo; si sale cruz, tú tomas la cama.

La moneda brilló, girando en el aire.

—¡Espera! ¡Eso no es justo!

—Vaya, parece que pierdo —el señor Harkness fingió tristeza.

—Me estás tomando el pelo —refunfuñó ella.

—Ni siquiera he empezado a tomarte el pelo, señora Dawson.

—Es Tavi. Mi nombre de pila es Octavia, pero todos me llaman Tavi. Por favor, señor Harkness, le agradecería que hiciera lo mismo.

—Mi nombre es Ian. Lo prefiero a señor Harkness, que me hace sonar como si fuera un oficinista o un abogado o algo terriblemente estirado como eso —extendió la manta sobre la piedra frente al fuego y colocó el bulto donde iría su cabeza—. Ahora acuéstate. No permitiré que una dama duerma en el suelo.

Obedientemente, Tavi se metió bajo el edredón. El señor Harkness, Ian más bien, tomó su turno en el improvisado retrete y regresó a los pies de la cama, donde se sentó.

—¿Qué tan tarde crees que es?

—No mucho. Las siete y media, quizás las ocho.

—Con razón no tengo sueño.

Lo tenía, en un sentido físico. Montar a caballo durante horas había dejado sus músculos rígidos y doloridos. Mañana sería peor.

—Yo tampoco —se apoyó contra los pies de la cama. La madera crujió—. Dime, ¿qué te lleva a casa de tu hermana dos días antes de Navidad, Tavi?

—Acaba de tener un bebé.

—¿Hace cuánto?

—Ayer. Habría ido antes, pero el bebé llegó un poco antes de lo que esperábamos.

Cansada de hablar a la parte trasera de su cabeza, Tavi se dio la vuelta para que sus pies quedaran junto a las almohadas y sus brazos cruzados a los pies de la cama.

—Como suele suceder. ¿Le gustan los bebés, señora Dawson?

—Los adoro. Son tan adorables e indefensos. ¿Cómo puede alguien no disfrutar de los bebés?

—Apestan y son molestos, y tienen horarios terribles. La etapa adorable dura poco antes de que se conviertan en niños de verdad, y entonces es puro caos.

—¿Hablas por experiencia, Ian? —preguntó ella conteniendo el aliento. Quizás estaba casado. Un pensamiento desalentador.

—Por Dios, no. No se me puede confiar un niño. —Rio—. No tengo hermanos, pero tengo varios amigos que insisten en producir tantos hijos con sus esposas como las damas permitan. Los arruina por completo como compañeros de tragos.

Tavi le dio un golpecito en el hombro, riendo. Su respuesta hizo que un nudo en su interior se aflojara.

No podía recordar la última vez que se había divertido así con un hombre. En uno de los festivales del pueblo, aunque una solterona siendo demasiado familiar con los hombres hacía que las lenguas se soltaran, así que normalmente bailaba unos cuantos bailes antes de volver a casa con su madre enferma. Por lo general, era cautelosa con el sexo opuesto, pero Ian había traspasado sus defensas.

O quizás estaba ansiosa por aprovechar la oportunidad de pasar tiempo con un hombre encantador sin que nadie lo supiera.

Admitírselo a sí misma no le costaba nada a su orgullo.

—¿Te interesa probar un poco de whisky para entrar en calor? —preguntó él.

Tavi dudó. —No tengo cabeza para eso.

Nunca había probado una bebida más fuerte que la sidra. Su cara estaba caliente por la proximidad al fuego. Se incorporó, dejando colgar sus pies cubiertos por medias sobre el borde de la cama. Las almohadas estaban demasiado lejos para que el calor las penetrara.

—Me temo que solo tengo un vaso. Tendremos que compartir.

Sirvió dos dedos del líquido ámbar, seguidos de un generoso chorrito de agua.

—¿Eso no lo arruina? —preguntó ella.

Ian negó con la cabeza. —Abre el sabor. Pruébalo.

Un escalofrío recorrió su columna cuando sus dedos se rozaron. Tenía manos bonitas. Lo suficientemente grandes como para que el vaso pareciera diminuto en su agarre. Tavi lo acunó, olfateando.

—Huele a brezo —dijo—. Con un toque de lavanda y un trasfondo de turba.

Él sonrió. Su corazón dio un brinco sorprendido.

—Ya eres una conocedora, señora Dawson.

Ella arrugó la nariz y levantó el vaso a sus labios. El aroma era más fuerte de cerca. Su primer sorbo le quemó directamente el esternón. Sosteniendo la bebida para no derramarla, se golpeó el pecho.

—Quema, ¿verdad?

Él se movió y lo tomó de vuelta, ofreciéndole agua de su cantimplora. Ella bebió profundamente. Su cabeza ya se sentía confusa.

—No siento la necesidad de probarlo de nuevo —declaró, volviendo a acostarse sobre su estómago con la cabeza cerca de la de él.

—Más para mí. —Bebió un sorbo—. Ayuda si lo tomas lentamente.

—Déjame intentarlo de nuevo.

Él se lo pasó sin comentar su repentino cambio de opinión. Sus dedos se rozaron de nuevo. Una descarga eléctrica recorrió su torso cuando sus miradas chocaron y se mantuvieron.

Si se inclinara hacia adelante, sus labios se encontrarían.

—Podríamos compartirla —soltó ella—. La cama, quiero decir. Como estamos compartiendo esto.

Levantó el vaso y lo vació para ocultar su vergüenza.

Cinco

IAN

Dos rosas gemelas de un rojo brillante florecieron en las mejillas de Tavi, y cuando un buen trago de whisky bajó por su hermosa garganta, ese rubor se extendió por su piel y desapareció en el cuello alto de su camisón.

Su miembro se sacudió contra la estrechez de sus pantalones. Cambió de posición en un intento de ocultar su reacción. Ian tenía la clara sensación de que si ella supiera que quería tumbarla de espaldas y arrancarle esa prenda modesta de su espléndido cuerpo, saldría corriendo a la ventisca sin sus botas.

Claramente no sabía la tentación que representaba.

Como correspondía a un honorable nuevo duque, Ian resolvió ignorar sus impulsos más bajos. No se aprovecharía de una mujer que no tenía más remedio que refugiarse con él. Por mucho que no le agradara la perspectiva de dormir en un frío suelo de piedra con nada más que una fina manta de lana y su chaqueta enrollada como almohada, no confiaba en que su caballerosidad durara hasta la mañana si aceptaba la oferta de Tavi.

No con la forma en que lo estaba mirando.

—No creo que sea una buena idea —dijo suavemente.

El rubor de Tavi se desvaneció al instante. Bajó la mirada y retrocedió para sentarse sobre sus talones en el centro de la pequeña cama.

—No quise decir nada con eso —dijo, claramente nerviosa.

Ian se levantó, sintiendo que su fuerza de voluntad se desmoronaba como piedras cayendo de los muros de su castillo.

—Me siento terrible por echarte de tu propia cama. Debería ser yo quien sufra durmiendo en el suelo, por ser tan estúpido como para cabalgar en medio de una tormenta de nieve y perderme. —Ella rodó por el costado y se puso de pie de un salto. La parte superior de su cabeza apenas llegaba a su barbilla. Podía imaginar perfectamente cómo sus pechos encajarían en sus manos...

Y esa era exactamente la razón por la que no debía meterse en la cama con ella.

Aunque hiciera frío.

No importaba cuánto le doliera su miembro por ella.

Por lo que sabía, Tavi podría ser una solterona virgen. O genuinamente casada, y su marido por alguna razón permitía que su esposa deambulara en un clima peligroso.

Un hombre tan descuidado con su esposa no la merece.

—Ya has soportado suficiente castigo por un día, Tavi.

Ian vertió más whisky en el vaso. La última bebida había sido más agua que alcohol. Esta no lo era. Saboreó la forma en que le quemaba todo el camino hacia abajo, amortiguando su lujuria.

Momentáneamente.

—Además, ya hablamos de esto. No voy a tomar la cama —añadió.

Con los puños en las caderas, la mujer lo miró fijamente. Ian cruzó los brazos sobre su pecho. El efecto apaciguador del alcohol se desvaneció en el instante en que su mirada se deslizó admirativamente por su torso. Luego hacia arriba de nuevo. Ella imitó su postura.

—Bueno, yo tampoco la voy a tomar.

Con un remolino de cabello castaño rojizo y camisón blanco, se dejó caer en su improvisado lecho. Incluso llegó al punto de tirar de la áspera manta sobre sus hombros y volverse hacia el fuego. Mujer terca.

—Levántate, Tavi.

—No.

Él exhaló un suspiro.

Ella había atacado primero. Él solo estaba contraatacando.

Ian la levantó en sus brazos. Tavi, sorprendida, soltó un grito y se aferró a su cuello como si temiera que la dejara caer desde una gran altura.

Se sentía demasiado bien presionada contra su pecho como para hacer eso.

—No estás jugando limpio, Harkness.

—No estás cumpliendo con nuestro acuerdo, señora Dawson.

Ella puso los ojos en blanco. —Hiciste trampa.

Estaba en la punta de su lengua replicar, *tú mentiste*. En su lugar, la dejó caer sobre la suave cama. Tavi chilló. Su cabello se extendió como un abanico. Apartándolo de su cara, caminó de rodillas hacia él, agarró su camisa y lo arrastró hacia abajo. Ian cayó con un gruñido.

—¿Ves? Cabemos los dos. Ahora duérmete.

Ella arrojó la manta sobre su forma medio tendida. Las piernas de Ian sobresalían del edredón de plumas.

Dormir. Sí, esa era una orden totalmente razonable.

Metió las piernas bajo las mantas. Si mantenía sus pantalones puestos, debería poder ocultar su furiosa erección bajo capas y capas de tela. *Hace más calor en la cama*, insistió su estúpido corazón. Solo su cerebro pensaba que esto era prepararse para el desastre, y estaba aturdido con el excelente whisky que se había comprado para celebrar su nuevo estatus.

Del cual ella no sabía nada.

A Tavi le agradaba lo suficiente como para compartir una cama con él. A él le agradaba lo suficiente como para compartir todo menos la verdad de quién era.

—¿Qué diría tu marido, señora Dawson? —dijo arrastrando las palabras, bostezando.

A su lado, Tavi se tensó.

Oh, mierda. ¿Estaba casada, después de todo?

~

Octavia

Este era el momento de admitir que había mentido. Pero aunque Tavi había decidido imprudentemente compartir la pequeña cama con él, no estaba segura de cómo reaccionaría al dormir a su lado. No le importaría besarlo, pero ¿más allá de eso?

Su cuerpo podría decir que sí, pero su buen juicio la retenía. *Estás siendo una tonta*, se dijo a sí misma. *No te ha ofrecido un beso. Ni nada más.*

Se acurrucó en el edredón relleno de plumas, ocupando el menor espacio posible mientras

Ian se reacomodaba en el colchón. Se quedaron allí, lado a lado, tocándose lo menos posible, durante varios momentos sin aliento.

—¿Ian?

—¿Sí, señora Dawson?

—Estoy a punto de caerme. ¿Puedo acercarme más?

Él gruñó y se movió ligeramente. Tavi se retorció hasta que sus hombros se tocaron. Su pie rozó su pierna.

—¿Ian?

—¿Sí?

—No estoy casada.

Él se rió, un ronroneo bajo que hizo más para calentarla de lo que habría hecho una hoguera ardiente. —Me lo imaginé. ¿Por qué me dices la verdad ahora?

Sus mejillas se calentaron. *Porque quiero besarte*. —No me gusta mentir.

—¿A quién le gusta?

—Hay personas que no... no importa.

Él no presionó el punto.

—Se puede perdonar a cualquier mujer que esté lo suficientemente asustada como para atacar a un hombre con un atizador por crear un marido ficticio para protegerse. No tenía intención de asustarte, antes.

Mortificada, Tavi se cubrió con la colcha hasta la barbilla.

—Fui ridícula. Irrumpir en una casa vacía y luego abalanzarme sobre ti de esa manera.

—Está olvidado. Si me permites una pregunta indiscreta, ¿cómo terminaste siendo solterona?

Tavi hizo una mueca.

—Mala suerte y peor actitud, si le preguntas a mi madre. Aunque no puedes hacerlo; está fallecida.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. Fue un alivio, al final. Estuvo muy enferma durante años.

—¿Y por eso nunca te casaste?

—En parte. Tuve un pretendiente una vez. Planeamos casarnos.

—¿Por qué no lo hicieron?

—Le había prometido lo mismo a otra mujer.

—Qué grosero.

—Terriblemente. Ella tenía una dote tres veces mayor que la mía y no tenía una madre enferma que cuidar. La noticia de su boda fue una sorpresa total.

—Esto es un consuelo frío, Tavi, pero me alegro de que no hayas terminado con él.

—Yo también —suspiró—. Después de eso, me centré en cuidar a mi madre. Nunca encontré realmente tiempo para buscar marido. —Tavi miró fijamente al techo—. No es como si tuviera muchos pretendientes. Mis opciones eran escasas y distantes entre sí, con este pelo.

El colchón se hundió cuando su compañero se movió. El corazón de Tavi latió con fuerza contra sus costillas. No debería haber dicho todo eso. Siempre había tenido la costumbre de ser demasiado abierta, demasiado honesta... *demasiado*.

Ian se apoyó sobre un codo, mirándola desde arriba.

—Creo que tu pelo es hermoso, Tavi. —Una pequeña sonrisa curvó la comisura de su boca, formando un hoyuelo—. Espero que tu antiguo prometido esté satisfecho con su elección, porque ciertamente perdió cuando no te eligió a ti.

Las lágrimas ardieron en los ojos de Tavi. Nadie le había dicho nunca que era hermosa.

Nadie la miraba con deseo como lo hacía Ian ahora. No podía imaginarse alejándose de él mañana por la mañana sin intentarlo.

Entrelazando una mano detrás de su cuello, lo atrajo hacia sí y presionó sus labios contra los de él.

Seis

IAN

Tavi era una indulgencia navideña que Ian no podía permitirse. Lo que significaba que no debería dejar que esto continuara ni un segundo más.

Y sin embargo, no podía parar. Ella sabía a whisky caliente y a mujer dispuesta, e Ian no podía recordar la última vez que había sentido más que una conexión fugaz con... nadie, pensándolo bien.

Suavemente, rompió el beso. No pudo resistir acunar su rostro mientras decía:

—Lo dije en serio cuando afirmé que tu virtud estaba a salvo conmigo.

—¿Qué virtud? —Tavi se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Las manzanas de sus mejillas se sonrojaron encantadoramente, visibles incluso con la tenue luz. Ian no estaba tan embriagado de whisky y del embriagador contacto de una mujer como para no notar el destello de vergüenza en su expresión—. Mi prometido y yo anticipamos nuestros votos matrimoniales en algunas ocasiones.

Interiormente, él gimió. La anticipación surgió.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Siento que puedo confiar en ti con la verdad. Después de todo, las probabilidades de que nos encontremos de nuevo después de esta noche son escasas.

No había duda de la tristeza en su voz. Ella no tenía expectativas de él, lo cual era generalmente como Ian prefería sus encuentros.

Pero no este.

Le gustaba Tavi, lo poco que había visto de ella. Su atracción era innegable.

Como duque, se esperaría que se casara dentro de la aristocracia, una clase con la que había tenido poca ocasión de interactuar hasta muy recientemente. Su novia probablemente sería una tímida virgen. La ignorancia señorial podría atraer a hombres que confiaban en ella para ocultar el hecho de que eran egoístas en la cama, pero la idea dejaba frío a Ian. Para él, no había nada atractivo en la perspectiva de andar a tientas tratando de averiguar cómo una mujer quería ser tocada mientras ella yacía allí como un pez muerto.

Ian se estremeció ante la idea. Prefería a una mujer que supiera lo que quería. Como Tavi.

—Puedes confiar en mí —murmuró—. Si nuestros caminos se cruzan, y espero que algún día lo hagan, señora Dawson —ella le dio un manotazo en el brazo, riendo—, no susurraré ni una sola sílaba a nadie sobre lo que ocurrió aquí esta noche.

—Bien, porque mi hermana tiene... —Tavi se interrumpió—. No importa. ¿Continuamos con esto?

Se estiró para besar su mandíbula. Ian se atrevió a rozar con su pulgar la parte inferior de su pecho sobre la lana de su vestido. Ella se arqueó ante su toque, así que él rodó su pezón bajo la

yema de su pulgar.

—Tavi.

—¿Mmm?

—Llevas demasiada ropa.

—Estoy bastante acalorada. —Sonrió, mostrando dientes blancos y parejos entre labios hinchados por los besos—. Más caliente de lo que he estado en todo el día, de hecho.

Ian solo sonrió y subió el dobladillo de su vestido. Ella lo ayudó, quitándose la prenda de lana por la cabeza con un crujido de estática y arrojándola al suelo.

Tavi yacía con la cabeza apoyada en una mano, el fuego moribundo iluminando sus exuberantes caderas, en una camisa casi transparente. Se le secó la boca. Sabía que ella tenía una figura apetitosa, pero sus pezones, apenas visibles a través del fino lino, enviaron un estremecimiento de necesidad por todo su cuerpo.

Tavi echó su cabello castaño rojizo sobre su hombro.

—Señor Harkness, ¿ha considerado ponerse más cómodo?

—Ahora que lo mencionas, estoy ardiendo.

¿Alguna vez unos pantalones de lana habían tardado tanto en desabrocharse y quitarse? Se sacó la camisa y la capa debajo también, dejándolo en sus calzoncillos visiblemente abultados.

La mirada de Tavi se dirigió hacia ellos, luego de vuelta a su rostro. Llevó su mano a su barbilla y acarició su labio inferior con el pulgar.

—Propongo que no corramos riesgos esta noche.

Ian tragó saliva. No había esperado que una hermosa mujer calentara su cama —literalmente — esta noche. Por lo tanto, no tenía derecho a decepcionarse.

Su mano se movió hacia abajo.

—Sin ataduras permanentes. —Una oleada de lujuria hizo que su miembro se estremeciera. Ella lo besó y cuidadosamente lo palpó. Exploratoria. Suave—. Aparte de esa limitación, propongo que disfrutemos de nuestras vacaciones robadas juntos.

Ian tomó su mano y la presionó firmemente contra su miembro.

—Acepto tu propuesta, señora Dawson.

Ella rio, poniendo los ojos en blanco.

—Nunca me voy a librar de cómo formulé eso, ¿verdad?

—La broma será olvidada para Navidad.

Hubo un destello de tristeza en sus hermosos ojos, reemplazado por anticipación cuando él se inclinó hacia adelante, presionándola contra la ropa de cama, y la besó profundamente. Ella se abrió ansiosamente al barrido de su lengua. Ian se acomodó entre sus gloriosos muslos y exhaló contra su sien.

Su camisa aún era demasiada barrera entre sus pieles. Por el momento, se contentó con apretar el globo de su pecho. Tavi se arqueó ante su toque con un suave gemido.

Ese sonido lo deshizo. Las inhibiciones se derritieron como hielo arrojado al fuego, con un siseo, mientras inclinaba sus caderas para acercar su miembro al centro de ella. Tiró del dobladillo de su camisón hacia arriba. Ambos se quedaron quietos cuando su palma aterrizó en su piel desnuda.

Tavi entrelazó sus brazos alrededor de su cuello. El calor entre sus cuerpos era suficiente para hacer que el aire frío en su espalda fuera emocionante. Ella asintió una vez.

—Nos detendremos antes de que esto vaya demasiado lejos. —Una promesa que Ian no estaba seguro de poder cumplir si Tavi cambiaba de opinión de nuevo. Ella había bajado la guardia gradualmente a lo largo de la noche. Verla derretirse había sido un placer en sí mismo.

Encontró su pecho y lo apretó de nuevo, bebiendo su gemido. Tavi necesitó poco estímulo para abandonar su camisón por completo, levantando los brazos y dejando que él se lo quitara por la cabeza. Cuando estuvo donde pertenecía —en el suelo— se dispuso a darse un festín con ella, chupando profundamente el pezón en su boca mientras ella se aferraba a su cabello y hacía sonidos deliciosos y necesitados.

Cuando tuvo suficiente de un lado, cambió al otro, dándole el mismo tratamiento. Ian sintió que sus buenas intenciones se desmoronaban con cada movimiento y rasguño de sus uñas a través de su nuca.

Exploró la curva de su cintura y la ligera elevación de su vientre, con su perfecta hendidura de ombligo decorada con algunas pecas dispersas. Su perfección no podía ser explorada adecuadamente sin la aplicación de su lengua. Tavi se retorció.

—Quédate quieta —ordenó, y ella lo intentó. De verdad que lo hizo. Él pudo notarlo por la forma en que su labio inferior quedó atrapado entre sus dientes y por los oscuros pozos de sus ojos cuando deslizó su mano hacia la hendidura en su centro.

—¿Es esto demasiado, Tavi?

Su cabello del color del otoño se extendió sobre la almohada mientras ella negaba con la cabeza y susurraba:

—Sigue.

Ian observó su reacción mientras introducía un dedo en su interior. La mordida en su labio se intensificó. Su delicado mentón se elevó. También sus caderas. Él bombeó lentamente, probándola. Descubriendo lo que más le gustaba. Su miembro palpitó contra el colchón en protesta fútil ante este retraso.

Tus servicios no serán necesarios esta noche, advirtió a la parte de sí mismo que intentaba secuestrar su autocontrol.

Inclinando la cabeza, presionó su lengua contra la suave hendidura rosada y lamió. Tavi emitió un sonido ahogado.

—¿Sigues bien, señora Dawson?

Ella resopló.

—Nunca he...

Él sonrió.

—¿Nunca has tenido a un hombre lamiéndote el coño?

Un vistazo a su rostro reveló mejillas color cereza y un rubor que se extendía hasta su pecho.

—Te gusta cuando hago esto, ¿verdad? —Hizo una demostración, luego volvió a bombear con dos dedos dentro de ella, observando su respuesta—. Chica traviesa. Quieres que te abra bien y te folle con mis dedos mientras te lamo hasta el olvido, ¿no es así?

Apenas logró asentir. Sus rodillas se abrieron más mientras se acercaba a él en una súplica silenciosa.

—Tan receptiva. Eres una buena dama, ¿verdad? —Le dio una ligera lamida, solo una provocación. Ella le agarró el pelo e intentó suavemente mantenerlo en su lugar mientras elevaba las caderas, pero eso hizo que él perdiera el ritmo con sus dedos. Ian se ajustó y dijo—: Quédate quieta, Tavi. Te daré todo lo que necesitas si me dices lo que quieres.

—Tu boca —dijo al instante. La mirada perezosa de Ian recorrió su cuerpo, dejando marcas ardientes a lo largo de su abdomen.

—¿Dónde la quieres?

—Sobre mí. Sobre mi... eh, coño.

Ian sonrió con satisfacción.

—Muy bien, Tavi.
Inclinó la cabeza y se puso manos a la obra.

Siete

Tavi agarró la sábana con una mano y se aferró al cabello de Ian como si fuera lo único que la anclaba con la otra.

Él le dio una larga lamida por su centro, rodeó con la punta de su lengua el sensible botón de su núcleo y lo azotó con una presión que aumentaba constantemente mientras curvaba sus dedos para golpear *exactamente-ese-punto...*

Sus muslos y espalda se tensaron de repente cuando la primera ola la atravesó, levantándola de la cama para presenciar la obscena vista de la cabeza de Ian entre sus piernas y sus conocedores ojos azules mirándola directamente.

Un gemido poco femenino se abrió paso por su garganta. Tavi jadeó, suspendida en un paroxismo de placer que no se detenía. Sin aliento. Él no se detuvo. Continuó hasta que ella se desplomó sobre la almohada, jadeando.

Ian se arrastró hasta unirse a ella con una expresión de suficiencia en su rostro.

—Pareces satisfecha —dijo, besándola. Había un rastro de ella misma en sus labios, pero a Tavi no le importó. Más bien le gustaba.

—Tú no —dijo ella, aunque sí lo parecía, a la manera de un hombre que sabía que había hecho su trabajo a conciencia y bien. Su miembro palpitaba insistentemente contra su vientre. Necesitado. Exigente. Ian la colocó encima de él y la besó tiernamente.

—Solo llegaremos hasta donde tú quieras —le recordó.

Tavi se deslizó por su cuerpo, explorándolo como él lo había hecho con ella. Tenía que detenerse constantemente para colocarse el largo cabello detrás de las orejas. Ian lo recogió con sus grandes manos y lo mantuvo a un lado, una cortesía que ella encontró inesperadamente excitante.

Se detuvo para admirar la amplitud de sus hombros y los planos musculosos de su pecho. Debajo estaban sus costillas, que resultaron ser cosquillosas cuando encontró el punto adecuado. Él se tensó.

—Deja de picarme —gruñó, cubriendo sus costados. Arrepentida, Tavi continuó. Trazó su camino por su definido abdomen. Su miembro cubierto por la tela se sacudió cuando ella apoyó sus pechos sobre él, para examinar mejor su estómago.

—Puedo quitártelos —dijo, apoyando su barbilla en la mano y jugueteando con el cordón anudado. La cabeza enrojecida asomaba entre el lino blanco y su piel. Tavi trazó un círculo con la yema de su pulgar sobre la hendidura húmeda.

—Cuidado, Tavi.

—Solo para hacer lo que tú hiciste por mí. Si te gustaría.

Él se cubrió la cara con ambas manos y gimió.

—Quítamelos.

Ella se tomó su tiempo para obedecer. Con movimientos lentos y delicados, como los que se utilizarían al acercarse a un animal asustado, desató el cordón y bajó la tela hasta que su miembro saltó alegremente libre.

Ciertamente me he propuesto un desafío, ¿no?

Se le hizo agua la boca. Con una rápida mirada a Ian, tomó su shaft en la mano, apretando ligeramente. Probando. Esos músculos de su estómago se contrajeron de manera distractora. No había nada suave en este hombre. Incluso su humor juguetón tenía un filo afilado.

Tavi tocó con su lengua la punta redonda y grosera y lo vio reaccionar. Sus ojos se entrecerraron, pero más intensos que nunca. Ella se estremeció. No por el frío.

Él recogió su cabello suavemente y lo mantuvo a un lado, como si corriera la cortina de una actuación de la que no podía apartar la mirada.

Ella se aplicó lo mejor que sabía, habiendo hecho esto solo en una ocasión anterior. No había disfrutado la experiencia entonces, pero esto era diferente. Eran extraños. Nada el uno para el otro. Tavi no tenía que preocuparse de que una decepción manchara su relación para siempre.

Liberador, en cierto modo. Esto podría salir horriblemente mal y solo tendría que enfrentar la vergüenza de una mañana incómoda.

Por lo tanto, lo tomó tan profundamente en su boca que pensó que se ahogaría. Su mandíbula dolía mientras se encontraba con cada empuje de sus caderas. Sonidos húmedos que deberían disgustarla, pero no lo hacían, resonaban en sus oídos. Mantuvo su atención centrada en su estómago. El ondular de los músculos era su barómetro de cuánto estaba disfrutando esto. Eso, y sus gemidos, un bajo contrapunto a los sonidos de succión que ella estaba haciendo.

Experimentalmente, apretó los orbes en la base de su miembro. Él se estremeció, así que lo hizo de nuevo, complacida con su reacción. Era diferente de cuando le había picado en las costillas. Ese había sido un momento de humor para romper la tensión. Tocarlo tan íntimamente la intensificaba.

Una parte de ella quería deslizarse hacia arriba, abrir las piernas y empalarse sobre él. Sin embargo, unos momentos de placer dudoso —nunca había obtenido mucho de los esfuerzos ineficaces de su antiguo pretendiente— llevarían a semanas de ansiedad hasta que la naturaleza confirmara que no había terminado en la situación de su hermana: embarazada y soltera.

Tavi alejó el pensamiento intruso. No iba a dejar que eso le sucediera, y confiaba en que Ian tampoco la pondría en esa posición. Apenas se conocían, pero había sido pícaramente honorable desde el primer momento de su conocimiento.

—No sabes lo que eso me hace —gimió. Tavi volvió a acariciar la base de su miembro, luego se concentró en él, ahuecando sus mejillas mientras lo tomaba tan profundamente como podía.

Recordando cuánto le había gustado cuando él la miraba, mantuvo su mirada fija en su rostro, catalogando sus expresiones. Memorizándolas para más tarde, para poder volver a esta noche mucho después de que se hubieran separado, cuando pasara noches solitarias en su cama en la cabaña.

A él le gustaba especialmente cuando ella acariciaba con su pulgar la parte inferior de su miembro. Lo hizo de nuevo, con más firmeza, y se regocijó con su respuesta.

—Joder —dijo entre dientes apretados. Su agarre en su cabello se apretó, tirando de las raíces. La mantuvo allí, sus caderas moviéndose hacia arriba mientras ella trataba de tomar tanto de él como podía. Cada vez que pensaba que había encontrado su límite, un tirón en su cabello la hacía relajarse lo suficiente para tomarlo más profundo. Se hinchó entre sus labios.

Imposiblemente duro. Una textura imposible contra sus labios. Piel suave sobre venas gruesas. Calor. Tanto calor y fricción...

Tavi no pudo mantener el contacto visual. Dejó que sus párpados se cerraran y se entregó a su instrucción, confiando en que él la guiaría. Éxtasis.

Un sonido ahogado la trajo de vuelta a la realidad.

—Tavi, yo...

Ella saboreó la sal. Su agarre se aflojó, dándole la oportunidad de escapar antes de que él llegara a la cima. Ella agarró la base de su miembro y lo acarició como a él le gustaba, chupando fuerte. Un pulso caliente golpeó la parte posterior de su garganta. Tavi se obligó a relajarse y dejó que su garganta trabajara, tomando la segunda ola. Luego una tercera. Solo cuando su estómago se suavizó abruptamente y su respiración se normalizó, finalmente, a regañadientes, lo soltó.

—Dios mío —murmuró, mirando al techo con un brazo sobre sus ojos entrecerrados—. Me has arruinado para todas las demás mujeres.

Tavi se rio, exultante mientras gateaba por el colchón para acurrucarse en el hueco de su brazo. Él olía a sal y a madera recién cortada. Su piel estaba febril a pesar del frío.

—Eres ridículo. Seguro que eso se lo dices a todas las mujeres que... hacen eso.

—Aunque no lo creas, no tengo por costumbre hacerme el Corintio —bostezó y dejó caer el brazo sobre los hombros de ella, atrayéndola hacia sí.

Tavi se retorció para librarse de su abrazo, haciendo una mueca cuando sus pies descalzos tocaron el suelo de piedra.

—¿Adónde vas?

—A buscar mi camisón. Por si necesito levantarme durante la noche, no quiero tener que buscarlo a oscuras.

Sin ninguna razón racional, Tavi sentía que dormir desnuda con él era más íntimo que darse placer mutuamente. Aún no estaba lista para dar ese paso.

Agradecida, se arrastró de vuelta a su cálido abrazo. El calor la envolvió, irradiando de su piel. Reconfortante. Ian le dio un beso perezoso en la frente y dijo:

—Que duermas bien, señora Dawson.

Tavi sonrió. Afuera, el viento aullaba.

Ocho

OCTAVIA

Tavi despertó lentamente, desconcertada por el peso que se extendía sobre su cintura y la pared de calor a su espalda. La punta de su nariz estaba fría, así que se acurrucó en la calidez... y sintió un bulto considerable bajo su trasero.

Ian Harkness.

Castillo abandonado.

Anoche.

Los ojos de Tavi se abrieron de golpe. Una luz pálida se filtraba por las ventanas tapiadas. El viento apenas había disminuido su aullido de banshee. Claramente, debía esperar unas horas más antes de partir.

La culpa punzó su conciencia.

Pobre Grace. Sola en Nochebuena con un recién nacido que cuidar.

Sin embargo, las circunstancias de su hermana no mejorarían si Tavi llevaba a Nutmeg a una tormenta de nieve y se perdía de nuevo. Por lo tanto, se acurrucó en los cálidos brazos de Ian y volvió a dormirse.

~

La segunda vez que despertó dentro de la seguridad de los brazos de Ian, Tavi lo encontró observándola. Lo que podría haber sido extraño, en cambio se sentía reconfortante.

—Buenos días.

—Pensé que ibas a dormir hasta el mediodía.

—¿Qué hora es?

—Alrededor de las ocho. Mi reloj de bolsillo está en la silla. Lo revisé hace un rato cuando me echaste de la cama como una estrella de mar.

Tavi le dio un codazo en las costillas. Él se estremeció, riendo.

—No duermo como una criatura marina.

—Claro que sí. Y además eres una hermosa estrella.

Ian la presionó contra la almohada con un beso prolongado.

Su corazón se derritió. No podría haber conjurado un hombre más perfecto que Ian Harkness. Qué cruel era el destino al enviarle al hombre de sus sueños y luego darle una sola noche con él.

Si solo iba a tener esta única vez, Tavi quería experimentarla al máximo. Sabía cómo mitigar los riesgos.

En teoría.

Ella era quien le había dicho a Grace que no era tan terrible anticiparse a los votos

matrimoniales, siempre y cuando se tuviera cuidado. Después de todo, ella lo había hecho y nadie se había enterado.

Pero Grace no había tenido tanta suerte. O quizás ella y Solomon no habían sido tan cuidadosos.

Tavi tendría precaución, sin embargo. Una vez no debería suponer un gran riesgo.

—Ian.

—¿Hm?

—He cambiado de opinión.

Él se quedó quieto. Su miembro estaba erguido contra su muslo. Se movió inquieto contra ella. Tavi deslizó su mano por su trasero desnudo, encontrando un extraño bulto en la nalga izquierda. Trazó la forma distraídamente. Le recordaba a una corona.

—¿Sobre qué?

—¿Me prometerías no terminar dentro de mí?

Ian besó su sien. —Haría cualquier cosa que me pidieras por el privilegio de estar dentro de ti, Octavia Dawson.

Ella llevó sus manos a los anchos planos de su espalda. Ian se deshizo rápidamente de su camisón y besó su camino por su cuerpo. Sus pezones se endurecieron. Él cerró los dientes alrededor de uno. Tavi jadeó y se arqueó hacia su boca. Él lo calmó con una suave lamida, luego se movió al otro lado.

Mordisqueó su muslo interno. Ella chilló. El ardor se desvaneció en un agradable calor.

—Eso es una represalia por acaparar toda la cama —le informó—. Ahora sé una buena chica y ábrete para mí. —Un calor contenido apareció en sus ojos. Colocó la pierna de ella sobre su espalda—. Eso es. Vas a llegar para mí de esta manera, y luego otra vez con mi miembro. ¿De acuerdo?

Tavi logró asentir, su cabello raspando contra la funda de la almohada. Ya estaba tan húmeda y lista para él. No necesitaba hacer esto, pero ella disfrutaba enormemente sus esfuerzos y no estaba inclinada a detenerlo.

Esta vez, se tomó su tiempo para provocarla. Manteniéndola justo al borde. No importaba cuánto se retorciera y suspirara, o tirara de su cabello, él se negaba a darle satisfacción.

—Ian —exigió—. Deja de atormentarme.

Él sonrió maliciosamente. Una emoción impactante la recorrió al ver su barbilla goteando con evidencia de su lujuria.

—¿Quieres llegar, Tavi? Dilo. Ruégalo. Entonces te haré llegar tan fuerte que verás estrellas.

Las palabras brotaron de su boca en un cántico necesitado y sin aliento. —Por favor, Ian. Te lo ruego. Déjame llegar. Necesito esto. Necesito que tú...

Él se concentró en el dolorido botón en el ápice de su sexo y curvó sus dedos. Los muslos de Tavi se cerraron. Su talón se clavó en su espalda. Sus dedos se aferraron ciegamente a su cabello.

Vio estrellas.

Galaxias de ellas.

Tavi se desplomó en las sábanas, sin fuerzas y jadeando. Cuando pudo respirar de nuevo, Ian había subido hasta ella, lleno de satisfacción presumida. —Adoro esta expresión en ti. —Ella lo besó.

—¿Qué expresión? —preguntó él inocentemente.

—Como si hubieras ganado una competencia por un premio inimaginablemente enorme, y estuvieras disfrutando de tu éxito.

Una sombra cruzó por su rostro, demasiado fugaz para que Tavi la interpretara.

—Lo he hecho —dijo él—. Tu placer es un premio que vale la pena ganar. —Ian se acomodó entre sus muslos—. Ahora, ¿estás lista para llegar de nuevo?

—Aún no. Necesito un minuto.

—Déjame ayudarte a llegar allí —dijo, deslizando su miembro a lo largo de su centro. Tavi jadeó. Se sentía tan vacía y dolorida. Inclinó sus caderas hacia arriba. Él se hundió una pulgada, pero se contuvo. Ella gimió en protesta.

—¿Quieres que te tome, Tavi?

—*Por favor*.

Él embistió hacia adelante, llenándola tan repentina y completamente que ella tuvo que hundir sus uñas en sus hombros para mantenerse anclada. Ya la presión se enrollaba en su vientre. Él se retiró y se hundió más profundo, gimiendo contra su sien.

—Se siente tan bien, Tavi. Tan apretada y caliente. Anhelándome.

—Sí —logró decir ella. Él estableció un ritmo implacable. Ella cerró sus piernas detrás de su cintura.

—He anhelado por ti también —declaró entre dientes—. Desde que me amenazaste con un atizador, te he deseado. Tus pechos en mis manos. En mi boca. Apenas pude dormir anoche. No podía dejar de pensar en hundir mis dedos en tus caderas y ver tu trasero rebotar mientras te tomaba por detrás.

—Hagamos eso —jadeó ella—. Quiero que me tomes así.

Ian se retiró, dejándola con un vacío doloroso. Tavi se puso a cuatro patas. Él la agarró por las caderas y se deslizó dentro de ella desde atrás, penetrándola aún más profundamente. Más fuerte de lo que ella pensaba que podría soportar, hasta que después de unas cuantas embestidas, arqueó la espalda y descubrió que le encantaba que la penetrara de esa manera.

Tavi llevó la mano entre sus piernas y se acarició.

—Bien —gruñó él—. Tócate mientras te follo, Tavi. Córrete para mí. Córrete fuerte sobre mi polla.

Ella obedeció. El clímax la atravesó. Desgarrador. Cegador. Gimió cuando él se retiró mientras las últimas oleadas de placer recorrían su cuerpo, dejándola con la cara presionada contra la almohada y el trasero en alto.

El áspero jadeo de él precedió al primer chorro de líquido caliente que golpeó su espalda. Sorprendida, Tavi logró mirar por encima de su hombro. Ian se acariciaba ferozmente, su expresión retorcida en una mueca que bordeaba el dolor mientras el fluido brotaba de su miembro sobre la espalda de ella. Goteaba por sus costados. Parte de él se acumuló entre sus omóplatos.

Tavi simplemente dejó que sucediera, fascinada y ligeramente horrorizada de que pudiera encontrar esto agradable, pero así era. Le encantaba lo que él estaba haciendo. Ian había recordado retirarse. Ella esperaba que fuera incómodo y embarazoso. Él lo había hecho todo lo contrario.

—Te he dejado hecha un desastre —dijo él con un toque de vergüenza.

—En efecto —Tavi no sabía si debía levantarse o qué hacer. Nunca había estado en esta posición antes. Literalmente.

—Espera aquí.

—No tengo a donde ir —dijo ella, aunque no era del todo cierto. Sí necesitaba irse. El problema era que quería quedarse aquí en este castillo abandonado y en ruinas, y seguir haciendo esto con Ian.

Tavi suspiró. Ian regresó con un paño húmedo.

—Lamento que esté tan frío —dijo él.

—Todo está frío —dijo ella, estremeciéndose cuando él le acarició suavemente la espalda para limpiarla.

—Podría haber calentado el agua primero.

—Prefiero no quedarme aquí tumbada con... ya sabes. Tú goteando sobre mí.

Los bordes de sus orejas se pusieron rojos. —Hay bastante cantidad.

Se turnaron para lavarse en el improvisado retrete. Ian bajó mientras Tavi se vestía. Cuando ella descendió, encontró el desayuno listo para ella.



—¿Qué es esto? —preguntó él mientras ella jugueteaba con una pequeña rama de pino que aún tenía agujas.

—Estoy haciendo un árbol.

—Eso no es un árbol; es una rama de tejo.

Tavi lo fulminó con la mirada. —Puedo ver eso, Harkness. ¿Quieres que te envíe a la nieve a cortar uno fresco?

Él la rodeó por la cintura y la besó.

—Lo haría si me lo pidieras.

Tavi soltó una risita. Sintió aleteos en el estómago. ¿Cómo se suponía que iba a dejarlo?

Aunque debía hacerlo. Grace estaba completamente sola con un recién nacido y nadie que la ayudara. Tavi esperaba convencerla de que se quedara en la cabaña, pero en sus cartas, Grace insistía en que quería permanecer en Newcastle upon Tyne para esperar el regreso de Solomon.

La noche anterior había sido un maravilloso interludio que atesoraría para siempre, pero hacer una ruptura limpia era el mejor camino a seguir para ambos.

—Puedo imaginar esta habitación con un fuego rugiente y un árbol enorme, decorado con adornos de cristal y velas —dijo con nostalgia. A la luz del día, el encanto rústico del castillo brillaba a través de la destrucción causada por el tiempo.

—Tienes mejor imaginación que yo, Tavi.

Ella inclinó la cabeza, reflexionando sobre el filo en su voz.

—¿Vamos a preparar tu caballo? —preguntó él, poniéndose el abrigo.

Tavi se apresuró a ponerse las botas y recoger sus pertenencias.

Nueve

IAN

Ian observó cómo Tavi y Nutmeg se alejaban cabalgando hacia el paisaje desoladamente hermoso con una punzada de arrepentimiento.

No debería haberla dejado ir.

Sin embargo, no tenía ninguna razón racional para retenerla, y sí varios motivos importantes para querer que se marchara. Le había mentido, aunque solo fuera por omisión.

Su hermana la necesitaba más que él.

Ian quería que se quedara, pero no la necesitaba de la manera en que Grace lo hacía, y ciertamente no estaba en posición de iniciar un enredo romántico. Tenía nobles que impresionar. Aunque Tavi hubiera profesado su amor por esta ruina y hablara con anhelo de verla restaurada, eso no significaba que quisiera ser su señora.

Difícilmente podía pedirle a una mujer que apenas conocía que navegara con él las presiones de un ducado, cuando él mismo no sabía nada sobre cómo ser un duque.

Independientemente de si sería una buena duquesa o no, sabía con certeza hasta la médula que sería una excelente esposa y madre. Estaba completamente desconcertado por qué algún hombre elegiría casarse por dinero cuando podría despertar con Octavia Dawson en su cama cada mañana.

Los hombres eran, en general, unos tontos.

Ian se dispuso a enrollar el colchón. No quería dejarlo hasta su próxima visita, para evitar que los ratones lo convirtieran en un nido. Necesitaba contratar un administrador de tierras y un agente, una vez que tuviera acceso a las cuentas asociadas con el ducado. Con la mayoría de las personas que decidían su destino ausentes por otra quincena, eso significaría otras pocas semanas de retraso. Hasta entonces, su elevación era en su mayor parte una abstracción.

La ropa de cama y las almohadas fueron a parar a un saco, pero no sin antes haberlas acercado a su nariz para inhalar el aroma persistente del cabello de Tavi.

Limpió la cocina improvisada, guardando la comida extra y las cestas. Lo último que hizo fue apagar el fuego.

Junto a él estaba el "árbol" que Tavi había montado, completo con sus tristes cintas rojas de su media. La boca de Ian se curvó en la comisura, aunque hizo que su corazón se hundiera un poco más.

Salió al mundo cegadoramente brillante. Entrecerró los ojos contra el sol y la nieve y avanzó con dificultad a través de los montones de nieve, casi doblado por el pesado saco en su espalda.

Cuando llegó al granero, su visión tardó casi un minuto completo en ajustarse. Ian arrojó el colchón enrollado al vagón y falló. Rebotó en la pared y cayó al suelo con un golpe sordo. Maldijo. En su segundo intento, el grueso rollo aterrizó en la plataforma. Los resortes chirriaron.

Un caballo relinchó.

—Tendrás que arrastrar todo esto de vuelta a Manchester —le advirtió a Cinnamon, su caballo castrado castaño—. Mejor anímate. Será un viaje largo y frío.

Treinta minutos después tenía el caballo enganchado al vagón, su ruinoso hogar cerrado y tapiado —para qué punto, no lo sabía; no había nada que robar— y estaba a punto de montar cuando vio un paquete pequeño sentado cerca de la puerta y se congeló.

—Mierda.

El regalo de Tavi.

No podía dejar que un bebé y una madre primeriza se quedaran sin la ropa que Tavi había confeccionado con tanto cuidado para ellos. No en Navidad.

Su corazón dio un vuelco.

Sí, era un duque. Pero el deseo de mantener su incómodo secreto no era razón para no hacer una pequeña entrega navideña propia. Ella había mencionado que su hermana vivía en Newcastle upon Tyne.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Ian mientras hacía trotar a su caballo. Los copos de nieve a la deriva le picaban la mejilla. Silbó una alegre melodía en el aire fresco.

~

Octavia

Tavi pagó para dejar a Nutmeg en el abarrotado establo público a cierta distancia del piso alquilado de Grace. Desde allí, caminó con dificultad por las calles cubiertas de nieve sucia y derretida. La dirección no era un barrio bajo, pero esta fila de edificios de varios pisos inclinados tampoco estaba muy por encima de un barrio marginal.

Encontró la poco inspiradora puerta de entrada a la vivienda de su hermana, una dirección que había memorizado de su frecuente intercambio de cartas, pero que nunca había visitado en persona.

—Puaj. —Tavi maniobró su bolso para poder sostener sus faldas fuera de la nieve derretida en las escaleras. El olor a repollo demasiado cocido impregnaba el aire. Una familia ruidosa vivía en el primer piso, con niños gritando y ollas golpeando.

—¿Cómo se las arregla Grace con estas escaleras? —resopló unos minutos más tarde, sin dirigirse a nadie en particular. En el segundo rellano, se detuvo a descansar. Un débil llanto se escuchó desde arriba.

—Ya voy, pequeño. —Tavi levantó su equipaje y subió pisando fuerte hasta el último piso —. Tengo un bonito regalo para ti —jadeó. En la parte superior había una puerta con un número apenas visible marcado en su superficie.

Grace tardó una eternidad en dejarla entrar. Tavi echó un vistazo a los ojos enrojecidos de su hermana y al pequeño bulto en sus brazos y dejó caer sus cosas junto a la puerta.

—¿Cómo puedo ayudar?

Grace estalló en lágrimas.

—No puedo creer que me haya dejado aquí sola —sollozó—. Y no tengo nada para cocinar para la cena de Navidad. No he podido manejar las escaleras y no puedo dejar a este pequeño solo para ir al mercado... —Grace mecía al bebé quejumbroso.

—Todo va a estar bien —dijo Tavi con firmeza. Envió a su hermana de vuelta a la cama con órdenes de amamantar. A pesar de sus dedos de los pies doloridos, bajó todos esos escalones hasta el mercado donde pudo comprar una polla a un precio de ganga, junto con patatas, una col

y cebollas. No era mucho, pero para dos personas, sería suficiente.

Todo el tiempo, su ira contra el prometido ausente de Grace crecía.

¿Qué clase de hombre abandonaba a su futura esposa embarazada? ¿En Navidad, nada menos?

Seguramente Solomon Abernathy había tenido la intención de estar aquí para el nacimiento de su hijo. El Sr. Abernathy nunca le pareció un tipo confiable, pero Grace lo amaba y estaba segura de que estaba destinado a ascender en el mundo. Algo sobre un ducado que había caído en suspenso. Sonaba descabellado, pero era *posible*. Improbable, pero posible.

De vuelta arriba, con su cesta del mercado, Tavi puso el pollo a asar con las patatas y luego bajó de nuevo a buscar agua. Puso una tetera a calentar y fue a ver a su hermana.

Grace estaba sentada al borde de su cama, completamente agotada.

—¿Quieres que lo tome? —preguntó Tavi.

—Por favor.

Tavi aceptó al bebé, maravillándose de su pequeñez. Con solo tres días de vida, su cabeza aún estaba aplastada en forma de cono por el proceso del parto. —Eres un niño dulce, ¿verdad? —A su hermana, le preguntó—: ¿Cómo se llama?

—Aún no me he decidido. Christopher, quizás, ¿como papá? O Noel. En honor a la temporada. —Bostezó. La pobre mujer probablemente no había dormido desde la llegada de su hijo, lo cual no era bueno para ninguno de los dos.

—Noel es un nombre maravilloso.

Tavi llevó a su sobrino a la otra habitación y lo lavó, cambiándole el pañal y envolviéndolo de nuevo en el improvisado arrullo. Este sería un buen momento para darle el regalo a Grace, pero su hermana se había quedado dormida. Su estómago rugió cuando el aroma del pollo asado llenó el aire.

El bebé dormía en una cesta cerca del fuego mientras ella ponía la mesa, cantando una canción de Cornualles:

El primer Noël, dijeron los ángeles/fue a ciertos pobres pastores en los campos donde yacían/En los campos, donde ellos, guardaban sus ovejas...

Este piso era sombrío y las perspectivas de Grace peores, pero Tavi tenía la intención de ayudar a su hermana en todo lo posible. Si su mente vagaba hacia Ian y el tiempo que habían compartido en Fellsgrove —más a menudo de lo que le gustaría—, entonces era su secreto para guardar cerca de su corazón.

Cuando escuchó a Grace moverse en el dormitorio, Tavi le llevó una jarra de agua tibia para lavarse.

Tavi fue a su bolso y lo abrió. Su estómago se hundió hasta el suelo. Las lágrimas le quemaron los ojos.

Lo había perdido.

Todo ese trabajo, para nada.

El regalo de Navidad de Grace y Noel había desaparecido.

Diez

IAN

Ian probó en tres establos antes de encontrar uno que tuviera espacio para su caballo castrado y el carruaje. Le tomó una hora de indagaciones antes de averiguar la ubicación de la modesta residencia de Grace Dawson.

Subió las escaleras con aprensión.

Había muchas escaleras muy empinadas. ¿Cuán reciente había sido el nacimiento de su bebé? Creía que Tavi había dicho que bastante reciente.

En el rellano superior, vaciló.

El llanto de un bebé fortaleció su resolución.

Ian llamó a la puerta. Esperó con el aliento contenido.

Una mujer con el cabello parecido al de Tavi, y rasgos similares, abrió la puerta.

—¿Le conozco?

—Estoy buscando a Octavia Dawson.

Ella frunció el ceño. —Espere un momento —la puerta se cerró de golpe. Voces femeninas se filtraron a través de la delgada barrera.

El pulso de Ian retumbaba en sus sienes. Se sobresaltó cuando las bisagras sin aceitar chirriaron.

—¿Qué haces aquí? —exigió Tavi. Sus ojos estaban enrojecidos como si hubiera estado llorando. El aroma a pollo horneado llegó a su nariz. El estómago de Ian gruñó.

—Dejaste algo —levantó el regalo. Tavi jadeó, llevándose las manos al corazón.

—¡Lo encontraste! ¡Lo trajiste! ¡Estaba devastada pensando que había perdido su regalo!

Grace observaba todo esto con seriedad. Aún parecía estar embarazada. Ian entendió que eso era normal para las mujeres que habían dado a luz recientemente. Esperaba que no se hubiera visto obligada a hacerlo sola, en esta poco inspiradora casa de huéspedes.

Tavi aferró el paquete, con los ojos brillantes. Le hizo un gesto para que entrara. Las botas de Ian resonaron en el suelo de madera desnuda. Solo había dos habitaciones, un dormitorio y un área principal. Junto a la estufa había una caja casi vacía de carbón. Sobre ella colgaba una ramita de pino, atada con una cinta deshilachada. Sonrió ante el intento de festividad de Tavi. El lugar necesitaba una dosis de alegría.

—Esta es mi hermana, Grace —dijo distraídamente, señalando a la mujer que había abierto la puerta, que ahora mecía a un recién nacido inquieto.

—Un placer. Supongo que este es su recién llegado.

Grace le lanzó a su hermana una mirada indescifrable. —Lo llamé Noel. Ya que su padre no está aquí para opinar al respecto.

—Una lástima. ¿Su esposo no regresará para las fiestas?

—No estoy casada.

Ian hizo una mueca. Tavi nunca había mencionado ese detalle.

—Solomon sufrió un revés recientemente y decidió que necesitaba buscar fortuna en el extranjero. Pagó el alquiler de este palacio —lanzó una mirada despectiva alrededor del cuchitril — hasta fin de mes, y reservó un pasaje a las Indias.

—Ah.

Excelente respuesta, esa, se reprochó Ian. Misteriosamente, su encanto despreocupado lo había abandonado abruptamente, dejándolo con las palmas sudorosas y una sensación de hormigueo que le recorría la piel. No se había sentido tan nervioso desde que mostró su trasero ante el Comité Selecto de Privilegios, y ni siquiera entonces había estado más irritado que ansioso.

—¿No vas a presentar a tu visitante, Tavi?

—Soy Ian Harkness.

Los pliegues en la frente de Grace Dawson se profundizaron, pero no dijo nada. Tavi se movía alrededor de la mesa, sirviendo un pollo escaso y verduras asadas, con unos panecillos recién horneados que olían absolutamente divinos. El estómago de Ian rugió. Ruidosamente.

—¿Y cómo conoce a Tavi? —preguntó Grace con sospecha.

—Conocí a la señorita Dawson cuando se vio obligada a refugiarse en el Castillo Fellsgrove anoche. Durante nuestra visita, me impresionó cuánto tiempo había dedicado a hacer este regalo para usted y su recién nacido, así que cuando descubrí que lo había dejado olvidado, decidí traérselo. Me llevó algo de tiempo averiguar dónde vivían...

—Se tomó muchas molestias.

—Grace —jadeó Tavi—. Seguramente podemos ser al menos educadas, después de que se ha tomado tantas molestias por nosotras —le lanzó una mirada de disculpa.

—Disculpas, señor —dijo Grace sin arrepentimiento—. No soy buena compañía en este momento.

—Está perfectamente bien, señorita Dawson. Interrumpí su cena.

Estaba imponiendo su presencia. Debería irse.

Tavi se alejó de la estufa, sacudiéndose las manos en el delantal. —Por favor. Únase a nosotras —tomó un plato desportillado del estante y lo colocó entre los otros dos—. Es lo mínimo que podemos hacer para agradecerle.

Grace no lo quería allí. Debería declinar la invitación.

Tavi se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Al menos no era el único nervioso. No había pensado en cómo venir aquí revelaba que sus sentimientos eran más que mera amabilidad.

—¿Dónde se alojará esta noche? —preguntó Grace.

Ian se volvió interrogante hacia Tavi, quien no encontró su mirada mientras retiraba una olla humeante de la estufa y la colocaba en el aparador.

—No lo he pensado aún. En una posada, suponiendo que pueda encontrar una.

Hubo un silencio incómodo, hasta que los lloriqueos del bebé se convirtieron en un chillido.

—Si me disculpan —dijo Grace, dirigiéndose al dormitorio y cerrando la puerta torcida de un portazo.

—Lo siento mucho por su actitud poco hospitalaria esta noche. Está abrumada, ya sabes, con Solomon marchándose así. Le dijo que sería mejor si se casaban cuando él regresara, pero honestamente, no creo que tenga ninguna intención... —se interrumpió. La preocupación nubló sus hermosos ojos.

A Ian se le ocurrió por qué Grace podría haber reconocido su nombre. Su reciente ascenso social había sido registrado públicamente en la prensa desde Londres hasta Edimburgo. Se removió inquieto.

Solomon Abernathy era el nombre de su rival por el ducado. Si había ilusionado a Grace con la idea de convertirla en duquesa, y luego la había abandonado para buscar fortuna en la India...

Ian se estremeció ante las implicaciones. Pero él no iba a ser el segundo hombre en abandonar a las mujeres Dawson. No en Navidad. No podía responder por las acciones de Abernathy, pero podía ayudarlas, una vez que tuviera acceso a todos los derechos y privilegios que le correspondían.

Excepto que nunca había mencionado ese molesto detalle sobre su ducado a Tavi.

Eso sí que complicaba la situación.

—Por favor, siéntese. Estaremos listas en unos minutos.

—¿En qué puedo ayudar?

Al no poder pensar en otra solución, Ian se ocupó ayudando a preparar su festín de celebración. Juntos, él y Tavi se afanaron, poniendo los panecillos recién horneados y los platos de acompañamiento de patatas y repollo. No era una comida elegante, ni mucho menos, pero sí una que llenaba.

Para dos.

—Espera. Tengo algo para compartir también —dijo Ian. De su mochila, sacó el resto del queso, los embutidos, la mantequilla y la mermelada.

Cuando lo vio, Tavi hizo un ruido de protesta.

Con una rápida mirada a la puerta cerrada del dormitorio, levantó la mano y acarició su mejilla con el pulgar. —No puedo, en conciencia, tomar comida de una nueva madre en Navidad, Tavi. Esto apenas es suficiente para dos mujeres, y mucho menos para un hombre con buen apetito. Déjame contribuir.

—Pero ya estoy en deuda contigo —protestó ella—. Varias veces. No puedo expresarte cuánto aprecio que hayas traído el regalo de Grace hasta aquí, Ian.

Estaba a punto de besarla, o invitarla a quedarse con él en una posada —o ambas cosas, si tan solo pudiera desenredar sus pensamientos lo suficiente para decirlo en voz alta— cuando Grace y Noel reaparecieron con un malhumorado portazo. Tavi se apartó rápidamente.

Quizás la actitud de Grace mejoraría si tuviera unos momentos para sí misma. Si estuviera dispuesta a soltar a su hijo por unos instantes.

—¿Puedo sostenerlo? —preguntó Ian, extendiendo los brazos hacia el bebé. Grace entregó a su hijo de mala gana. Hacía mucho tiempo que no sostenía a un bebé. Le tomó por sorpresa la oleada de necesidad que lo inundó al inhalar el olor salado y agrio de la leche del niño. Unos deditos se enrollaron alrededor de su pulgar.

Cuando logró apartar la mirada de los ojos azules y desenfocados de Noel, se dirigió inmediatamente a Tavi.

La quería a su lado.

La quería como su duquesa.

Sobre todo, quería bebés. Sus bebés. Juntos.

El pensamiento hizo que el calor corriera por su sangre. Amaba a Tavi. Su cabeza daba vueltas por lo rápido que había sucedido, pero no iba a dejar que ella saliera de su vida —o se fuera cabalgando— por segunda vez.

Se acomodó en el taburete de tres patas, manteniéndose tan erguido como si fuera un trono.

Grace no puede quedarse aquí.

No iba a decirlo en voz alta, pero la incómoda verdad se cernía sobre su escasa comida. Faltaban semanas para que pudiera manejar esas escaleras. De todos modos, se quedaría sin hogar en una semana, a menos que tuviera dinero ahorrado para pagar otro mes de alquiler.

Él era un duque. Eso significaba que tenía que ayudar a la familia de Tavi, aunque ella aún no supiera de su título. En un par de semanas, sería comparativamente rico. Quizás no según los estándares de un duque, pero definitivamente según los de ellas.

Tavi no necesitaría gastar sus ahorros en joyas y vestidos finos. Era la duquesa *perfecta* para un ducado que necesitaba ser reconstruido desde los cimientos.

—¿Ha decidido dónde dormirá esta noche, señor Harkness? —preguntó Grace. Su comportamiento se había vuelto progresivamente más amistoso a medida que su estómago se llenaba. El hambre tenía la costumbre de agudizar el mal humor. Recostándose en su silla, suspiró—. Es tarde. Si necesita quedarse aquí, señor Harkness, puede hacerlo. Sin embargo, no tenemos cama.

—Podría tener una solución para eso. Si no seré demasiada molestia.

Grace asintió y bostezó.

Ian salió a la noche, cargando su rollo de colchón y ropa de cama escaleras arriba. Cuando regresó, Grace y el bebé se habían retirado a la segunda habitación para pasar la noche.

Él y Tavi empujaron la mesa cerca de la ventana para hacer espacio para su jergón en el suelo cerca de la estufa.

—Esto parece acogedor —dijo Tavi, con el chal cayéndole alrededor de los codos. Retorcía los extremos y los dejaba desenrollarse, una y otra vez, un ejercicio sin sentido que él reconoció como producto de nervios ansiosos.

—Solo queda una pregunta —dijo Ian, con un tono astuto en su voz—. ¿Dónde dormirás tú? ¿Con tu hermana... o conmigo?

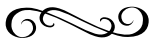
Un rubor se apoderó de sus mejillas.

—No podemos hacer lo que hicimos anoche —dijo ella.

—¿O esta mañana? —bromeó él.

Con la cara roja, Tavi le dio un golpecito en el pecho.

Once



OCTAVIA

Tavi se despertó con la luz del sol entrando por la ventana y el gorjeo contento de un bebé. Se estiró y luego se preguntó tardíamente a dónde había ido Ian.

Al girarse, lo encontró de pie cerca de la ventana sosteniendo a Noel. Su corazón latió con fuerza.

Su cabello despeinado se erizaba en todas direcciones. Una sombra de barba sin afeitar oscurecía su mentón. Sus ojos eran suaves mientras daba palmaditas en la espalda del bebé.

Se le cortó la respiración. Nunca había visto a ningún hombre tan hermoso como él. Ian sería un padre maravilloso. Era paciente y gentil, con un sentido del humor ligero que hacía que incluso las condiciones más oscuras se sintieran más brillantes.

Si no hubiera estado ya medio enamorada de él, la vista de Ian sosteniendo a un bebé la hizo caer directamente por el precipicio.

—Buenos días —dijo, saliendo apresuradamente del jergón.

—Has despertado. Si tomas tu turno sosteniendo a este pequeño, pondré agua para el té.

La noche anterior había sido una prueba de tentación. Lo lograron sin participar en demasiada conducta indebida. Besos furtivos. Su mano debajo del camisón de ella. Nada más, por el bien de Grace.

Tenían estándares. Además, era grosero hacer alarde de su felicidad ante una mujer devastada por el abandono.

Tavi arrulló al bebé, encantada por sus rasgos arrugados y mirada acuosa. Noel estaba envuelto en el arrullo que ella había bordado para él. La costura estaba un poco torcida en algunos lugares. Lo inspeccionó con el ceño fruncido.

—¿Admirando tu trabajo perfectamente adecuado? —bromeó Ian. Tavi se rió y le pasó el bebé. Una calidez revoloteante llenó su abdomen mientras pensaba en él sosteniendo a su propio hijo. Su bebé, acunado en sus brazos.

La puerta del dormitorio crujió al abrirse, sobresaltándolos a ambos. Grace emergió, sombría, sosteniendo una carta.

—Eres tú, ¿verdad? —dijo con seriedad—. Eres *ese* Ian Harkness. El nuevo Duque de Susskind.

Tavi se rió.

—¿Estás segura de que no tienes fiebre, Grace? Qué cosa tan absurda dices.

—Él no te lo dijo, ¿verdad? —Los ojos oscuros de su hermana se clavaron en los suyos—. El señor Harkness no es el cuidador de Fellsgrove. Acaba de ser reconocido como su legítimo heredero. Se anunció hace unas semanas. Justo antes de que Solomon dejara Inglaterra.

Tavi sintió que su mandíbula caía. Eso no podía ser cierto.

Volviéndose hacia él, leyó la culpa escrita en su rostro. Su estómago se hundió. Un frío la invadió como si la hubieran sumergido en un baño helado. Arrojada a un banco de nieve. Un desagradable shock para el sistema.

Si era un duque, eso lo cambiaba *todo*.

Había estado jugando con ella. No tenía razón para esperar nada de él —eso no era parte de su trato— pero su inesperada aparición le había dado a Tavi la esperanza de que su única noche pudiera llevar a algo más.

Si era cierto, sus esperanzas se habían desvanecido.

—Ella está equivocada. ¿No es así? —preguntó Tavi.

Noel se inquietó. Ian le pasó el bebé a su madre. Grace lo meció distraídamente. Ian vertió el agua hirviendo sobre una tetera y la dejó a un lado como si la cosa estuviera hecha de cristal en lugar de hierro.

—Tu hermana tiene razón.

Tavi se sintió mareada.

Hace cinco minutos, estaba entreteniendo una fantasía loca de ser su esposa y tener sus hijos.

Qué broma. Los duques no se casaban con solteronas de campo. Cuando se trataba de hombres guapos, tenía menos sentido que un ganso promedio, y peor suerte.

—Por favor, váyase, señor Harkness —sollozó Grace. Las lágrimas brillaban en sus ojos—. Si no fuera por usted, ahora tendría un marido. Solomon prometió que me haría duquesa. —Un sollozo ahogado brotó de ella—. Nos abandonó por su culpa. Quiero que se vaya.

Grace apretó a su hijo contra su pecho y cerró de golpe la puerta de su habitación. Su sollozo destrozó el corazón de Tavi en pedazos. ¿Cómo podía haber traicionado a su hermana tan profundamente? ¿Tan inconscientemente?

Era una tonta.

—Tavi, por favor, yo...

—Vete, Ian —dijo mecánicamente. Se deslizó en el dormitorio de Grace y se apoyó contra la puerta, escuchando cómo él empacaba sus pertenencias. No tardó mucho.

Afuera, las campanas de la iglesia repicaban.

~

Ian

Debería habérselo dicho. Toda esta situación era su culpa. Una mentira por omisión no era menos dolorosa que una falsedad.

Si tan solo ella le hubiera dejado explicar.

Ian arrojó el bulto de su ropa de cama al carro con más fuerza de la necesaria. El frío le picaba las mejillas. El mundo no debería ser tan brillante. Debería estar arremolinado con nubes de tormenta furiosas para igualar la amargura en su corazón.

Ni una sola vez había considerado ser rechazado por una mujer por convertirse en duque. Había imaginado todos los resultados posibles, pero ese no.

Octavia Dawson lo sorprendía a cada momento.

El corazón de Ian cayó a través de su estómago, golpeando cada costilla en el camino hacia abajo como una piedra arrojada a un abismo.

—Vámonos —le dijo a Canela. Trotaron hacia el patio. Le convendría más regresar a Fellsgrove por la noche en lugar de tratar de encontrar una posada en el camino de regreso a

Manchester. Pero su castillo estaría eternamente embrujado por el fantasma de Tavi. No soportaba la idea de volver allí.

La cola del caballo se agitó mientras trotaban fuera del establo.

Imagínense. Él y su rival por el ducado de Susskind habían logrado enamorarse de una de las hermanas Dawson.

Coincidencia ni siquiera comenzaba a describirlo.

Qué escándalo. Una vez que se corriera la voz —y lo haría, rápidamente— estaría completamente deshonrado. Sin mencionar ese asunto con su marca de nacimiento y la escandalosa pintura, que ya era bastante malo.

La boca de Ian se torció bajo su bufanda de lana. La situación sería oscuramente divertida si le estuviera sucediendo a cualquier otra persona.

Como le estaba sucediendo a él, su sonrisa se desvaneció tan rápido como llegó.

El desamor era pura miseria. No era de extrañar que hubiera pasado tanto tiempo de su vida evitándolo. No fue hasta que Tavi vino hacia él con un atizador de hierro que bajó la guardia lo suficiente como para enamorarse de una mujer...

Lo que significaba que tenía una opción.

Podía darse la vuelta y huir. Aceptar el rechazo y asumir la culpa por eventos fuera de su control. No era su culpa haber nacido con una marca de nacimiento hereditaria en el trasero. Solo había oído el nombre de Solomon Abernathy en documentos judiciales.

O podía ser como la tía Mags y negarse a dejar que la historia moldeara su futuro.

No.

Ian no se iba a ir todavía. Grace lo había echado de su casa en un arrebato de ira, pero Tavi lo escucharía si lograba hablar a solas con ella. Iba a arreglar este lío.

Ian no tenía intención de extender la disputa familiar a otra generación. Grace podría estar justificadamente enojada con él, pero Tavi no merecía la ira de su hermana.

Decidido, dirigió su caballo por una calle estrecha, donde encontró a dos mujeres menudas discutiendo sobre qué dirección tomar. Una llevaba un bulto con forma de bebé.

La otra era Tavi. Su cabello castaño rojizo caía por su espalda, brillando bajo el intenso sol invernal.

Ian tiró de las riendas. El carro se detuvo bruscamente. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Ian saltó. Sorprendidas, ambas mujeres levantaron la mirada. Grace frunció el ceño. Los hermosos ojos de Tavi se abrieron de par en par.

—No, Tavi, no te voy a dejar —declaró, acercándose a las mujeres—. No soy tan cobarde como Solomon Abernathy. Nunca sería el tipo de hombre que abandona a su esposa e hijo. Además, con gusto le habría proporcionado un medio de vida si hubiera sabido de la situación. Nunca se mencionó en los documentos judiciales, ni se puso en contacto conmigo directamente. Podría haberlo hecho si hubiera querido.

—Habría sido demasiado orgulloso para aceptar —Grace resopló. Se veía cansada y agotada —. Cuando se le negó su reclamo al ducado, decidió que haría fortuna en otra parte. No quería creerlo, pero ahora puedo aceptar la verdad. Desea mantener sus opciones matrimoniales abiertas en caso de que aparezca una novia más rica.

Sorbió por la nariz. Esa había sido también la impresión de Ian sobre Abernathy, pero no tenía el valor de decirlo. Al igual que Tavi, Grace había aprendido por las malas a no confiar en las palabras de los hombres.

Él podía darles una razón para hacerlo.

—¿Qué tal si hacemos que se arrepienta de su codicia? —Guiñó un ojo. Grace lo miró con

cautela.

Tomó a Tavi por los hombros. —Esto causará un escándalo, pero te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—¿Yo? ¿Una duquesa? Debes estar bromeando.

—Para nada, querida. Sé que nos acabamos de conocer, pero este fastidioso título nobiliario ha causado más conflictos familiares de los que cualquier título podría justificar jamás. Primero en mi familia, ahora en la tuya. Propongo que resolvamos el conflicto a través de nuestra unión. Concederé una generosa suma a Grace, lo que debería permitirle encontrar un marido. Si ella elige a Abernathy, puedo intentar usar mi nueva influencia para elevarlo a un título nobiliario, aunque sea solo una baronía.

—Él no lo merecería —dijo Grace secamente.

—Pero tú sí.

Por primera vez desde que se conocían, ella le dedicó una sonrisa genuina, aunque temblorosa.

—Apenas nos conocemos —dijo Tavi lentamente, como si estuviera tentada pero no confiara lo suficiente en él para decir que sí.

—Entonces pasemos las próximas dos semanas juntos. No tengo familia cercana con quien celebrar las fiestas, ni negocios urgentes que atender hasta después del Día de Reyes. Si estás dispuesta, podría unirme a ti y a tu hermana. —Ian esbozó una sonrisa torcida, plenamente consciente de que abrir su corazón no significaba que ella aceptaría su abrupta propuesta.

—Yo... bueno... si te parece bien, Grace...

—¡Sí! Tavi, nunca querría que mis penas te privaran de tu felicidad. No he sido muy acogedora, pero espero que me perdones a la luz de mis circunstancias. —Dio un codazo a Tavi —. Además, aunque está un poco apretado, tu pretendiente tiene un carro. Nutmeg no puede llevarnos a las dos.

—Estaré encantado de llevarlas lejos de este lugar, señorita Dawson. —Se volvió hacia Tavi —. Entonces está decidido.

Unos ojos color avellana sorprendidos se encontraron con los suyos. Sus labios se entreabrieron. Antes de que pudiera pronunciar una palabra, Ian se inclinó para reclamarlos en un beso apasionado. Ella no se resistió. Tavi se derritió contra él. Ian tampoco esperaba eso. Sus brazos rodearon su espalda, acercándola más. Profundizando el beso.

—Ejem.

A regañadientes, Ian se apartó. Las mejillas de Tavi estaban sonrojadas. Tímidamente, se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Su señoría... —dijo Grace.

—¿Quién? —Ian miró alrededor—. Ah, cierto. Yo.

Una sonrisa reluctante tiró de los labios de Grace. Había estado tan cerca de hacerla reír. —Soy solo Ian. No importa cuántos títulos me otorguen.

Eso le valió una risita.

—Ian, entonces. Me siento terrible por lo que dije esta mañana. Tu nombre me parecía tan familiar. Me molestó toda la noche. Esta mañana, revisé las cartas de Sol. Fue toda una conmoción darme cuenta de que eras el mismo hombre al que culpaba por robarle su derecho de nacimiento. —Grace sorbió por la nariz—. Reflexionando, no creo que su reclamo al título fuera tan sólido como me hizo creer.

Ian podría haberle dicho lo mismo. Más importante aún, el Comité Selecto de Privilegios había estado de acuerdo. La rama de Solomon en el árbol genealógico de los Susskind estaba tan

alejada de la línea principal que rápidamente quedó claro que se basaba en pura ambición y desinterés de los otros herederos potenciales para ganar el título.

Un hecho que no hacía nada para aliviar el corazón herido de Grace. Exhaló un suspiro. —En retrospectiva, la razón por la que no se casó conmigo de inmediato cuando quedé embarazada fue que creía que heredaría el ducado y se casaría con una heredera en su lugar. Pensó que yo me conformaría con ser su amante —dijo indignada—. Y cuando no salió con la suya, se fue.

Sí, todo eso encajaba con lo que Ian había visto de Solomon Abernathy. Codicioso, superficial y con un sentido de derecho exagerado.

—Lo siento mucho, Grace. Mereces mucho más que eso. —Acarició con la punta del dedo las mejillas regordetas del bebé. Noel dio un suspiro tembloroso—. Tú también lo mereces.

—Admito que estuve celosa por un momento —dijo Grace con una mirada de soslayo a Tavi —. Sentí que mi hermana tenía todo lo que yo quería. Pero ella estaba tan horrorizada como yo. Sé que Tavi nunca me habría traicionado intencionalmente... y eso me abrió los ojos al verdadero culpable. —Puso una mano enguantada en su antebrazo—. No deseo arruinar nada para ustedes. Por favor, no permitan que yo sea un obstáculo para su felicidad.

—Todo esto es culpa mía —dijo Ian—. Debí haberte revelado mi verdadera identidad desde el primer momento en que nos conocimos.

—¿Te refieres a cuando te estaba amenazando con un atizador?

—¡No hiciste eso, Tavi! —exclamó Grace, boquiabierta.

Ian se rio entre dientes.

—Después de que te calmaste. La verdad es que nunca busqué un ducado. Mi tía insistió en que era legítimamente mío si me molestaba en reclamarlo. Pero, ¿por qué querría lidiar con políticos y nobles que seguramente me odiarían por mi origen humilde?

—¿El dinero asociado a la propiedad no era un aliciente? —bromeó Tavi.

—No hay tanto dinero como podrías pensar, y la mayor parte se destinará a reconstruir Fellsgrove. —Se encogió de hombros—. Estaba cómodo en mi existencia de soltero. Hasta que te conocí. Me di cuenta de que no quería convertirme en duque estando solo.

Ian rodeó la cintura de Tavi con sus brazos y la levantó en el aire. Ella soltó un gritito, su falda se extendió como una campana, hasta que él la atrajo hacia su pecho y la depositó en el suelo.

—¿Vamos a celebrar la Navidad como es debido, querida?

Doce

OCTAVIA

Si hubiera sabido que Ian era un duque antes de conocerlo, jamás habría tenido el valor de besarlo.

Ni de hacer el amor con él.

Ni de atacarlo con un atizador, ya puestos.

Fue lo mejor que le hubiera ocultado ese secreto. Al menos al principio. Una vez pasado el shock inicial, lo perdonó total y completamente.

Su corazón estaba tan lleno mientras subían por el camino hacia la cabaña de su madre —ahora suya y de Grace— que no pudo evitar mirar al cielo y sentir una oleada de gratitud por las tormentas de nieve despiadadas y los regalos olvidados.

—Esto es pintoresco —dijo Ian—. Encantador.

—Es donde crecimos —Extendió la mano para apretar la de Grace—. Nuestros padres criaron a diez hijos en esta cabaña. Habrá más que suficiente espacio para nosotros cuatro.

Era verdaderamente un milagro de Navidad lo fácilmente que se había resuelto todo.

Ian necesitaba un lugar donde quedarse cerca de Fellsgrove mientras supervisaba la restauración y ampliación de la antigua sede ducal. Ya le había dado a Tavi un sello tan grande que se le resbalaba del pulgar. Lo llevaba en una cinta atada alrededor del cuello hasta que pudiera conseguirle un anillo de compromiso apropiado.

La idea de ser duquesa se sentía muy distante. Apoyó la mejilla en el hombro de Ian. Él le dio un beso en la coronilla. Lo resolverían. Juntos.

Dentro, Tavi encendió un fuego en la chimenea central mientras Grace se instalaba en la habitación de la planta baja. Ian se ocupó de Nutmeg y Cinnamon. Cuando ya tenía un fuego rugiente y empezaba a preguntarse qué estaba tardando tanto, él regresó, sacudiéndose los pies y cargando un enorme montón de ramas de tejo.

—No es un árbol, pero esto servirá por ahora, ¿verdad? —Le guiñó un ojo. Tavi rió encantada. Juntos, colgaron las ramas, les ataron lazos y encendieron velas en frascos de vidrio. Dieron un paso atrás para admirar su obra.

—Algún día, te daré un árbol de Navidad apropiado en el Castillo Fellsgrove. Justo como la Reina Ana en Queen's Lodge, Windsor. Una vez restaurado, sería el escenario perfecto para una tradición rústica —dijo él.

—Te tomaré la palabra —Tavi sonrió—. Organizaremos un baile para todos tus nuevos amigos elegantes. Suponiendo que alguien se digne a reconocer a un duque casado con una plebeya.

—Pero ves, por eso te necesito, señora Dawson —Ella le dio un manotazo en el brazo, riendo —. Para evitar que se me suba a la cabeza mi propia importancia a medida que asciendo en el

mundo. Me mantendrás con los pies en la tierra.

Le dio un beso en la mejilla. Sus entrañas se volvieron resbaladizas y cálidas. Apenas podía creer su buena fortuna. Su madre siempre decía: *Cuando conozcas al hombre adecuado, lo sabrás*. Durante años, Tavi pensó que había desperdiciado su oportunidad de amor.

Resultó que necesitaba perderse en una tormenta para encontrar al hombre adecuado para ella.

Aunque solo se conocían desde hacía unos días, Ian se deslizó en su vida como si siempre hubiera sido parte de ella.

Más tarde esa noche, Tavi lo llevó a su dormitorio. Comparado con las duras condiciones del castillo, era un palacio. Aun así, difícilmente era adecuado para un duque. A Ian no pareció importarle. Su ropa cayó al suelo en medio de una ráfaga de más besos. Esta vez, no había duda de quién tomaría la cama. Ambos lo harían.

Tavi se arrodilló y acarició su polla, deslizando el pulgar por la parte inferior como a él le gustaba. La mirada de Ian se volvió intensa. Ella se apretó el pecho, ofreciéndolo. Exhibiéndolo mientras giraba su lengua sobre la punta. Él gimió y apretó su agarre en su cabello.

—Tienes una lengua traviesa, amor, y la usas bien.

La arrastró hacia arriba para besarla. Ian se dejó caer en el borde de la cama, enganchó su brazo detrás de su rodilla y la atrajo a su regazo.

—Te quiero así —declaró con aspereza—. Tus tetas en mi cara mientras cabalgas mi polla.

Tavi se retorció.

—Y dices que yo tengo una lengua traviesa, cuando eres tú quien dice cosas tan sucias.

—Te encanta.

Ella se hundió sobre él en respuesta.

—Se siente como si me hubiera faltado una parte de mí misma antes de conocerte —susurró —. Me completas. Me llenas tanto que reboso.

—Aún no lo he hecho, pero tengo toda la intención, cariño —Su ardiente mirada recorrió desde sus pechos hasta su rostro, y luego de vuelta—. Esta vez, no me voy a retirar.

—Bien —dijo ella con fiereza—. Pero más te vale casarte conmigo antes de que tengamos bebés.

Él guió sus caderas arriba y abajo, estableciendo un ritmo rápido, corriendo hacia el final.

—Lo prometo. Voy a darte el anillo más grande y ostentoso que nadie haya visto jamás. Un enorme rubí tan rojo como tu cabello, con diamantes. Cualquiera que lo vea sabrá que eres mi esposa, Tavi. Mi duquesa. Nuestros hijos tendrán vidas que solo podemos imaginar.

—Sí —siseó ella—. Quiero todo eso. Contigo.

Él inclinó la cabeza y chupó la columna de su garganta, empujando hacia abajo. El mundo de Tavi se contrajo hasta que él era lo único que había en él. Un fluido caliente la inundó. Todo su cuerpo se tensó como si intentara mantenerlo dentro de ella.

—Dios, sí, Tavi. Me encanta cómo te corres en mi polla. Te amo —Exhalando, enterró su rostro en la curva de su cuello—. Eres, sin duda, el mejor regalo de Navidad que un hombre podría pedir —Presionó un beso suave en su garganta y los hizo rodar sobre el colchón—. Una hermosa esposa que me recuerde mis raíces. No importa cuán alto ascendamos en la sociedad, lo haremos juntos.

Epílogo

OCTAVIA, CINCO AÑOS DESPUÉS

Tavi se tambaleaba en lo más alto de una escalera.

—Un poco a la izquierda, mi señora.

Apretó los dientes y estiró el brazo. Nunca se iba a acostumbrar a que la llamaran *mi señora* o *su excelencia*. Hacía tiempo que había decidido tratarlo como una gran broma. "Duquesa" era un papel que interpretaba de vez en cuando con sus nuevas y agradables amistades.

Algunos de los aristócratas no eran tan agradables. Había aprendido a ignorarlos.

El adorno dorado se inclinó ligeramente hacia un lado, pero Tavi logró colocarlo en su lugar. Una ubicación perfectamente adecuada, si se lo preguntaban.

—¡Octavia Harkness Susskind!

Sobresaltada, perdió el agarre de la escalera. Sus pesadas faldas de terciopelo esmeralda la desequilibraron. —¡Oh-oh-OH!

Tavi cayó en los brazos de su marido, riendo.

Ian no parecía tan divertido.

—Te dije que deberíamos haber elegido un árbol más pequeño —refunfuñó.

Enroscando sus brazos alrededor de su cuello, lo atrajo para besarlo. —No corría ningún peligro. Tú me atrapaste.

—Pícara.

Con suavidad, la depositó en el suelo.

Los lacayos que la habían estado ayudando sosteniendo la escalera e indicando la colocación de los adornos, se habían dispersado discretamente después de retirar el objeto ofensivo.

—¡Mío, mío, mío!

Sorprendidos, se volvieron para encontrar a su hijo pequeño gateando lo más rápido que podía, riendo salvajemente, con un juguete de peluche en forma de gato aferrado en su diminuto puño. Su hija pequeña lo perseguía, enfurecida por el robo de su juguete favorito.

Tavi intercambió una mirada divertida con Ian. Se dividieron para conquistar, interviniendo para rescatar a sus hijos antes de que estallara una guerra abierta.

Ian contuvo a su pequeña niña, Mimi, que pataleaba y gritaba. Aunque se llamaba Aung Margaret, su apodo venía de la forma en que gritaba *mío* en lugar de *mío* a todo pulmón cada vez que su hermano se llevaba uno de sus juguetes. A los dos años y medio, su vocabulario seguía siendo un adorable trabajo en progreso.

—No, cariño. Ese es el gatito de tu hermana. —Tavi arrebató el asqueroso objeto de la babeante boca de su hijo. Privado de su botín robado, estalló en un berrinche furioso.

—¿Llegaste a hacerle uno propio? —Ian, el Duque de Susskind, acarició los rizos rojos de Mimi y metió el animal de peluche empapado y deforme en los brazos de su hija. Ella se calmó

al instante, poniendo el peluche bajo su barbilla con el pulgar metido entre sus regordetes labios rojos.

—Todavía estoy tratando de terminarlo. —Tavi besó la cabeza de su hijo antes de entregárselo a la niñera, que llegó con retraso a la escena del crimen. Se lo entregó a la Niñera, diciendo—: Este necesita un baño.

—Lo tendrá, Su Excelencia.

En su interior, Tavi se estremeció. No tenía paciencia para esta costumbre de las damas de alta cuna de entregar a sus hijos a cuidadores pagados; pero tenía invitados que atender y, para ser honesta, no le molestaba tener ayuda. Por inconvenientes que fueran, ella e Ian preferían tener a sus hijos correteando por ahí. Mantenía la vida interesante.

Se sentía como familia.

Aun así, una duquesa tenía cierta imagen que mantener, y aunque la suya difícilmente fuera la más elegante o a la moda, Tavi quería ser una buena anfitriona. Había cultivado un círculo de amigos que apreciaban su calidez y falta de artificio. Las damas la ayudaban a navegar los rituales desconocidos, y a menudo tácitos, de la nobleza, mientras que sus maridos ayudaban a Ian a forjar conexiones. Con Fellsgrove mayormente restaurado, se estaba convirtiendo en un político influyente.

Podría haberse casado con una dama de alta cuna. Para Tavi, hablaba bien de su carácter que hubiera elegido casarse con ella antes de que la nobleza reorganizara su vida por completo. Habían manejado el escándalo subsiguiente y la transición, mano a mano.

—Esta también necesita un baño —Ian dejó a Mimi en el suelo. Ella se negó a soltarlo hasta que su papá la llevó con la niñera y le dijo que debía subir a bañarse ahora. Mimi se había vuelto excesivamente apegada a su padre desde la llegada de su hermanito.

Incluso con sus hijos fuera, Tavi e Ian aún no estaban solos. Apesar de la restauración y ampliación de los aposentos del Castillo de Fellsgrove, Tavi constantemente se encontraba tropezando con doncellas y lacayos. Estaban por todas partes, merodeando, tratando de ser útiles a cada momento.

Esta noche, necesitaba estar a solas con su marido. Verdaderamente a solas. Su regalo para él no estaba destinado a la vista pública.

Sonrió con solo pensarlo.

—Ian.

—¿Querida?

Tavi fue a su enorme árbol de Navidad y sacó una caja de debajo. Sintió la palma de su marido deslizarse por la curva de su trasero mientras estaba inclinada. —Diablo travieso.

—Te encanta.

—Hablando de travesuras, abre esto. Lo hice especialmente para ti. —Tavi miró alrededor. Al ver a dos lacayos y una doncella rondando cerca, aplaudió sonoramente y dijo—: Déjennos solos.

Cuando *por fin* estuvieron solos, Ian tiró de la cinta y quitó la tapa. Tavi se balanceó sobre la punta de los pies.

La caja cayó. Ian examinó su pintura con una expresión de sorpresa que rápidamente se transformó en un resoplido de risa. —¿Cinco años de lecciones y este es tu tema elegido?

—¡Es una pintura perfectamente adecuada!

—Más que adecuada, querida. Pero ¿por qué diablos elegiste mostrarme posando desnudo en un diván?

—Para conmemorar tu marca de nacimiento. —Tavi soltó una risita y deslizó su mano por su

trasero, apretando donde la mancha roja estaba oculta detrás de capas de tela—. Sin ese fortuito capricho de la fisiología, puede que nunca nos hubiéramos conocido. Además, ¡nunca se sabe cuándo uno de nuestros descendientes podría necesitar probar su paternidad!

Le guiñó un ojo. Ian soltó una carcajada.

—¿Deberíamos colgarlo en la galería? —preguntó cuando terminó de reírse. Estudió el cuadro como si fuera, de hecho, una obra de arte. Ian había logrado rastrear y comprar los retratos de muchos de sus antepasados, pero el desnudo de su bisabuelo permanecía tristemente fuera de su alcance, siendo propiedad del nieto de la amante de su padre, que no estaba dispuesto a venderlo. Por el momento. Él e Ian habían desarrollado una relación cordial a través de una serie de cartas: una de las muchas ramas familiares con las que había logrado reparar lazos.

—Si fuera más grande, diría que deberíamos colgarlo sobre la chimenea para que todos lo admiren— añadió, sosteniéndolo en alto.

Tavi no pudo reprimir una risita. —Eso impresionaría a Lady Umbridge.

La marquesa había despreciado a Tavi desde el principio. Muchos de la *alta sociedad* siguieron su ejemplo. Ser desairada dolía al principio, pero Tavi había esperado cierto grado de rechazo por, como algunas mujeres lo expresaban, *atraparlo antes de que las damas de mejor cuna tuvieran la oportunidad*.

—Tal vez deberíamos dejar que Grace decida dónde ponerlo.

Tavi golpeó el brazo de Ian.

—Mi hermana no necesita ver tu trasero desnudo.

—Tú lo pintaste.

Cierto. Colgarlo en la galería estaba, por supuesto, fuera de discusión. Necesitaban encontrar una manera de sacarlo de la vista, para que sus invitados no se ofendieran. Tavi no estaba preocupada por que Ian se avergonzara. Hacía tiempo que había aprendido que era casi imposible avergonzarlo.

De ahí su regalo.

—Hablando de Grace, ¿cuándo llegan los Emerson? —preguntó él, deslizando la pintura de vuelta a su caja por el momento.

—Pronto. En cualquier momento. —Poco después de ser plantada, Grace conoció a un viudo, el señor Emerson. Él tenía una hija unos años mayor que Noel, a quien trataba como su propio hijo. Ver a sus hijos jugar juntos era uno de los momentos más destacados de cada Navidad.

—¿Recuerdas cuando nos sentamos por primera vez frente a esta chimenea? —dijo Tavi con nostalgia.

—¿Te refieres a la noche que te caíste a través del asiento de una silla, y la quemamos?

Ella le dio un manotazo, riendo.

Ian se puso serio y dijo:

—Recuerdo cada momento de esa noche, Tavi. Recuerdo pensar que nunca había conocido a una mujer tan hermosa y valiente. Pensé que si alguien podía ayudarme a superar los desafíos de los próximos años, eras tú. Y lo has hecho.

Tavi no podía respirar. No podía tragar por el nudo en su garganta.

—Cada día, estoy tan agradecido de haberte conocido, Tavi. Espero que estemos aquí cada Navidad durante décadas. Espero que nuestros hijos encuentren deleite en decorar un árbol junto a esta antigua chimenea, y sus hijos, y los hijos de sus hijos. Nunca quiero ver a nuestra familia destrozada por la rivalidad.

—Eso no va a suceder, Ian. Los niños discuten, pero crecen para ser los mejores amigos. Míranos a Grace y a mí.

Como si hubiera invocado a su hermana, un lacayo de librea anunció:
—El señor y la señora Emerson han llegado, Su Gracia. Mi señora.
Tavi agarró a su marido de la mano y, riendo, fue a recibir a su hermana del frío.



Obtén un epílogo extra caliente gratis con Ian y Tavi:
https://BookHip.com/RXVCFQK



¡Gracias por leer! Si te gustó este libro, deja una reseña.

Acerca del Autor

Carrie Lomax es la autora superventas de novelas románticas históricas y contemporáneas. También escribe novelas románticas de fantasía new adult llenas de angustia bajo el seudónimo de Joline Pearce.

Criada en la Wisconsin rural, pasó mucho tiempo explorando los bosques y fantaseando con nuevos lugares. Sus aventuras la llevaron a Oregon, Michigan, y después de una temporada enseñando en Francia, se mudó a la ciudad de Nueva York, donde permaneció durante los siguientes 15 años. Allí obtuvo dos títulos de posgrado, un esposo y una carrera como bibliotecaria. Ávida corredora, lectora y ciclista, vive en Maryland con dos lectoras en ciernes y su héroe romántico de la vida real.

Síguela en redes sociales:

Otras Obras de Carrie Lomax

Cala del Caballero

El Duque y el Secreto de la Nochebuena

El Canalla Secreto de la Solterona

La Novia Robada del Pirata (Febrero de 2025)

Escándalos de Londres

El Señor Indómito

El ascenso de Lady Dalton

El Señor Perdido

El Corazón Robado del Duque

Las Doce Noches

Dueto de Doce Noches

(Colección de Novelas Cortas Navideñas, Doce Noches de Escándalo y Doce Noches de Perdición)

Virtud y Vicio

Casada por el Duque